

EL ZULIA ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR Y EDITOR PROPIETARIO: E. LOPEZ RIVAS

TOMO I.

OCTUBRE Y NOVIEMBRE DE 1891

NUMEROS 36 Y 37



VISTA EN EL RIO ESCALANTE

LOS FILIBUSTEROS

SIR HENRY MORGAN

(Continuación)

DESPUÉS del saqueo de Gibraltar, regresaron los filibusteros á Maracaibo, empleando tres días en atravesar el lago; y encontraron esta ciudad conforme la habían dejado: completamente abandonada.

El único sér que hallaron, vagando por sus calles solitarias, como un

espectro, fué un desgraciado tan viejo y tan enfermo, que por falta de fuerzas ó por cansancio de la vida no huyó de los filibusteros. Interrogado por Morgan, le dijo: que una escuadra española compuesta de tres poderosos navíos de guerra al mando de don Alonso del Campo y Espinosa, estaba aguardándoles en la Barra; que el Castillo había sido reparado, artillado de nuevo, abastecido de víveres y municiones de todo género, y ocupado por una buena guarnición.

Creyó Morgan que el viejo le abultaba demasiado las cosas; y envió á la más ligera de sus embarcaciones á cerciorarse de lo que hubiera realmente en la Barra. Volvió la embarcación al siguiente día, asegurando sus tripulantes que se habían acercado tanto á los buques españoles, que éstos les hicieron algunos disparos; que efectivamente había tres grandes navíos de treinta ó cuarenta cañones, y que tanto en los buques como en el Castillo se divisaba mucha gente.

Jamás se vieron los filibusteros en trance tan apurado y en tal desproporción de fuerzas con sus enemigos, pues el mayor de sus buques tenía apenas catorce cañones; ni por agua ni por tierra podían escapar á la venganza castellana, y esto les sucedía cuando ya se retiraban victoriosos y cargados de botín.

El desaliento principió á cundir entre aquellas fieras y á revelarse en todos los semblantes menos en el de Morgan, quien, si acaso llegó á amilanarse, no sólo lo disimuló perfectamente, sino que para reanimar á sus compañeros, envió dos de sus prisioneros á don Alonso, exigiéndole veinte mil pesos como rescate de la ciudad; y que de no pagarle aquella suma, la quemaría y degollaría á todos los prisioneros.

Júzguese del terror que se apoderó de estos desgraciados, entre los cuales figuraban muchos vecinos notables de Gibraltar y de Maracaibo con sus respectivas familias. Recomendaron de mil modos á los enviados de Morgan que suplicaran á don Alonso tuviese piedad de ellos y de sus familias, y dejase pasar tranquilamente á los piratas, pues de lo contrario todos ellos iban á perecer.

No causó poca sorpresa entre los españoles la insolencia de aquellos salteadores, quienes aun estando irremisiblemente perdidos, pretendían dictarles la ley. Dos días después regresaron los comisionados trayendo la siguiente carta:

“Don Alonso del Campo y Espinosa, vice-Almirante de la flota de España, á Morgan, caudillo de piratas:

“Sabedores por nuestros aliados y vecinos de que habéis tenido el atrevimiento (á pesar de la paz y buena amistad que hay entre el Rey de Inglaterra y Su Magestad Católica el Rey de España, mi Señor) de entrar en el lago de Maracaibo con el único objeto de hostilizar y pillar sus súbditos é imponerles rescate; he creído que era de mi deber llegar lo más pronto posible para remediar estos males. Por tales razones me he apoderado del reducto de la Barra, que fué desmantelado por vosotros, después de haber sido abandonado por hombres tan cobardes como afeminados. Lo he puesto en estado de defensa; y pretendo, con los navíos de mi escuadra, haceros entrar en razón y castigar vuestra temeridad. No obstante, si queréis devolver cuanto habéis robado: el oro, la plata, las joyas, los prisioneros y esclavos, así como las mercaderías, os dejaré pasar para que retornéis á vuestra Patria; pero si rehusáis la vida que os concedo, sin deberla conceder, os cogeré sin remedio y os pasaré por las armas. Hé aquí mi última resolución; reflexionad acerca de lo que debéis hacer, y no abuséis de mi bondad, pues mis valientes soldados no aspiran sino

á vengar las crueldades que habéis inferido diaria é injustamente á la nación española.”

Don Alonso del Campo y Espinosa.

A bordo de mi navío “La Magdalena,” anclado en la embocadura del Lago de Maracaibo, á 24 de Abril de 1669.

Ordenó además don Alonso á los portadores de esta carta, señalándoles una pila de balas de cañón, dijeran á Morgan que con aquella moneda era que le iba á pagar el rescate de Maracaibo.

Al regreso de los comisionados, reunió el inglés á todos los filibusteros en la plaza del mercado (hoy plaza Baralt): les trajo la carta del vice-Almirante al francés y al inglés; les repitió en ambos idiomas la respuesta verbal, y les preguntó si querían comprar su libertad á costa de todo el botín que tenían recogido, ó si preferían batirse hasta la muerte para defenderlo.

Contestaron unánimemente que se batirían hasta derramar la última gota de su sangre, antes que ceder cobardemente lo que habían adquirido á costa de tantos sacrificios y peligros. Pero al siguiente día, meditando mejor el asunto y con menos alcohol en el cerebro, se resfrió notablemente aquel entusiasmo, y autorizaron á su capitán para hacer al vice-Almirante español las siguientes proposiciones:

Que evacuarían á Maracaibo sin hacerle daño alguno ni insistir en lo del rescate; que devolverían todos los prisioneros y la mitad de los esclavos, sin exigirles nada; que á pesar de no haber recibido el rescate de Gibraltar, devolverían los rehenes sin exigir rescate ni por éstos ni por la ciudad por la cual respondían.

Don Alonso rechazó tales proposiciones con despreciativa altivez, y les dió veinticuatro horas por todo plazo para acogerse á su clemencia, aceptando lo que les ofrecía en su carta, ó de no, los pasaría á todos á cuchillo. La disyuntiva era terminante para aquellos salteadores: ó una retirada vergonzosa después de entregar todo el botín, ó un combate á muerte para defenderlo. Dado el carácter de aquellos hombres y las excitaciones con que Morgan los reanimaba, la elección no era dudosa, y se prepararon á batirse como desesperados.

Un inglés propuso á Morgan convertir en brulote el barco que habían apresado en el río, y todos se pusieron á la obra con empeño: llenaron la nave con palmas secas mojas en alquitrán, pusieron en ella cuantas materias combustibles tuvieron á mano (la estopa, la pez y el alquitrán abundaban en la ciudad); adelgazaron la tablazón del barco para que estallase con más facilidad, le abrieron troneras y por ellas asomaron tamboriles (de los que usaban los negros pa. á sus bailes) á guisa de cañones; colocaron convenientemente bue-

nas cantidades de pólvora; clavaron sobre cubierta palos con vestidos y sombreros, con sables y mosquetes, figurando numerosa guarnición; y enarbolaron un gran pabellón inglés para dar al brulote la apariencia de barco almirante de su flotilla. Emplearon en todo esto unos seis días, al cabo de los cuales colocaron en una gran embarcación todos los prisioneros bien atados y asegurados; en otra mayor aún, las mujeres, el oro, la plata y todo lo más precioso del botín, en tanto que las pacas de mercancías y los objetos de menos valor fueron colocados en una tercera embarcación, llevando cada una de ellas como custodia, doce filibusteros armados hasta los dientes.

Terminados todos estos preparativos, Morgan hizo jurar á cada uno de sus compañeros que pelearía hasta la muerte sin pedir cuartel; y el 30 de Abril de 1669 se presentaron frente á la escuadra española. Como ya principiaba á oscurecer, anclaron á tiro de cañón, para dar la batalla al amanecer; pero listos y vigilantes por si les forzaban á pelear durante la noche. Los buques españoles estaban anclados en la medianía del canal: el mayor de ellos, con el vice-Almirante á bordo, formando cabeza de línea. Al rayar el alba, los buques filibusteros levaron anclas y se dirigieron sobre el enemigo, abriendo la marcha el brulote, tripulado por el inglés que propuso su construcción, y once compañeros.

El vice-Almirante se preparó á recibirlos, y aunque veía que el buque principal de los piratas se le acercaba sin disparar un cañón, le atribuyó al poco uso que hacían aquéllos de la artillería y á su predilección por el abordaje; á su vez don Alonso prescindió de sus cañones para mejor disponer el combate cuerpo á cuerpo; y ésta fué su perdición: algunos cañonazos hubieran desbaratado y echado á pique aquella débil cáscara cargada de combustibles.

Ayudado por el viento y la corriente aborda el brulote á la nave española; los filibusteros que lo tripulan echan los garfios á la maniobra, pegan fuego á aquella máquina infernal y se arrojan al bote que con los remos listos los espera. Don Alonso comprende entonces lo que pasa, hace saltar algunos de sus marineros al brulote para que piquen los cables y derriben los mástiles; pero era demasiado tarde: ambas naves estaban envueltas por las llamas, y en un instante el navío más hermoso de la escuadra española se hundió en las olas, y casi toda su tripulación pereció abrasada ó ahogada. El vice-Almirante logró salvarse en un bote con algunos marineros.

Aprovecharon los filibusteros estos primeros momentos de consternación para atacar al segundo navío cuyos tripulantes, aterrorizados por la repentina pérdida del buque almi-

rante, opusieron débil resistencia y se rindieron al abordarlos los barcos piratas. El tercer navío español picó cables, y, arrastrado por la corriente, encalló cerca del Castillo donde sus tripulantes lo incendiaron para que no cayese en poder de los filibusteros. Toda esta tragedia se llevó á cabo en una hora.

Los filibusteros llenaron el aire con sus gritos de victoria, asombrados ellos mismos de haber obtenido tan rápido como increíble triunfo. Envalentonados quisieron apurar la fortuna, y desembarcaron fuerzas para tomar por asalto el Castillo, donde se había refugiado el arrogante don Alonso con lo que le quedaba de gente; pero los españoles se defendieron con furia, é hicieron tan buen uso de su artillería, que los filibusteros tuvieron que retirarse después de haber tenido treinta hombres muertos y cuarenta heridos.

Se dedicaron entonces los piratas á recoger los españoles que aun nadaban entre los vestigios de la catástrofe; muchos de ellos se dejaron ahogar antes que caer vivos en manos de aquellos bandidos, ó porque temían sufrir torturas peores que la muerte misma, ó por cumplir un juramento que habían hecho, como se verá más adelante.

Entre los recogidos estaba un piloto ó práctico extranjero, quien interrogado por Morgan respecto á las fuerzas españolas, puerto de donde salieron, etc., contestó en español: "Señor, tened compasión de mí y no permitáis se me haga daño alguno, porque soy un extranjero que nada tiene que ver con la nación española á cuyo servicio estaba contra mi voluntad.

"El Supremo Consejo de España, dijo el piloto, había enviado una escuadra compuesta de seis navíos de guerra perfectamente armados y equipados con orden de limpiar estos mares de piratas. Tales disposiciones fueron tomadas con motivo de la ruina de Puerto Bello y otras plazas, y atendiendo al general clamor de los habitantes de todas estas comarcas. La escuadra estaba bajo el mando del Almirante don Agustín de Bustos, quien montaba el mayor navío llamado *Nuestra Señora de la Soledad*, armado de 48 piezas de gruesa artillería y 8 de calibre menor; el vice-Almirante don Alonso del Campo y Espinosa montaba el navío *La Concepción*, de 44 piezas mayores y 8 menores, venían además *La Magdalena* de 36 piezas de grueso calibre y 12 menores y 250 hombres; el *San Luis* de 26 piezas gruesas y 12 menores y 200 hombres; *La Marquesa* con 16 cañones y 8 de menor calibre, tripulado por 150 hombres; *Nuestra Señora del Carmen* con 18 piezas altas y 8 bajas y otros 150 hombres.

Estábamos ya en Cartagena cuando los dos navíos mayores recibieron

orden de volverse á España, por ser demasiado grandes para el crucero de estas costas, y quedaron los cuatro restantes al mando de don Alonso del Campo y Espinosa, quien se dirigió con ellos á Campeche en busca de los ingleses: en aquella costa un gran torbellino hizo zozobrar el navío *Nuestra Señora del Carmen*. Salimos de allí para la isla española, y en el puerto de *Santo Domingo* nos dijeron que habfan visto pasar una flota de Jamaica de la que había desembarcado alguna gente en un pueblo llamado *Allagracia* cuyos habitantes cogieron á uno de dicha flota, y éste confesó que los ingleses tenían el designio de ir á la ciudad de *Caracas*. Sabido esto, don Alonso levó anclas é hizo rumbo á la costa de *Caracas* en donde encontramos un barco holandés que iba de *Curacao*. Este nos aseguró estaba la flota de Jamaica en el lago de *Maracaibo*, y consistía en siete navíos y una barca.

Llegados á la embocadura del lago disparámos un cañonazo para pedir práctico; y viendo uno que por allí andaba que éramos españoles, vino á bordo con otros, á advertirnos que los ingleses habían tomado la ciudad de *Maracaibo*, y que á la sazón estaban saqueando á *Gibraltar*. Don Alonso arengó á los oficiales, soldados y marineros prometiéndoles repartir entre todos lo que se quitase á los ingleses; ordenó llevar á tierra, para artillar el Castillo, las piezas que habíamos logrado salvar del navío que se perdió en *Campeche*; y algunas de á 18 de su propio navío. Los prácticos nos condujeron á la entrada, y don Alonso mandó guarnecer el Castillo con 100 hombres."

Contó luego el piloto lo de la carta de don Alonso, y que éste había hecho jurar á su gente, después de confesados y comulgados, que no darían ni aceptarían cuartel; lo que explica que muchos se hubiesen dejado ahogar por no dejarse salvar de los filibusteros. Refirió también cómo dos días antes del combate, se había presentado al vice-Almirante un esclavo fugado de los que Morgan traía prisioneros de *Gibraltar*, y le había avisado que los piratas habían construido un brulote para incendiar su escuadra. Don Alonso no dió crédito á la noticia y se conformó con exclamar: "Qué han de saber esas gentes cómo se construye un brulote! Y ¿dónde encontrarían los instrumentos y materiales que para ello se requieren?"

En recompensa por todos estos informes, Morgan regaló y trató tan bien al piloto, que éste, contentísimo de haber salvado el pellejo, no sólo resolvió quedarse al servicio del inglés, sino que le reveló que con el navío incendiado se habían ido al fondo del mar cuarenta mil pesos en plata acuñada. Dejó Morgan uno de sus barcos para que impidiera que los españoles con sus botes salvaran

aquella suma; y para ver de pescarla ellos; y con toda la escuadra regresó á *Maracaibo* donde, después de reparar *La Marquesa*, apresada á los españoles, la escogió para nave capitana, dando el mando del barco que antes montaba á uno de sus compañeros. Envió luego un mensajero á don Alonso exigiéndole el rescate de la ciudad; y como aquél se negó, y el inglés se disponía á incendiarla, acordáronse los prisioneros con los vecinos que andaban fugitivos por las cercanías, para pagar el rescate á despecho del vice-Almirante. Exigia Morgan treinta mil pesos y quinientas reses para abastecimiento de su escuadra, ofreciendo en cambio poner en libertad todos los prisioneros y no causar daño alguno en la ciudad; pero al fin lograron sus vecinos que se conformase con las quinientas reses y veinte mil pesos.

Entregáronle al siguiente día las quinientas reses y parte de la suma; y mientras salaban la carne, lograron reunir y entregar el resto del rescate convenido; pero entonces se negó Morgan á poner en libertad los prisioneros, diciendo que los necesitaba para conseguir libre paso por el Castillo.

Se hizo á la vela y se dirigió á la salida; allí se encontró con que los del barco que había dejado para custodiar el navío sumergido habían logrado sacar quince mil pesos, fuera de gran número de objetos de plata, como empuñaduras de espada, vagi-lla, etc. etc., y una buena cantidad de pesos medio derretidos y pegados entre sí.

Reunió Morgan á los prisioneros y les dijo que viesen de conseguir con don Alonso la salida franca para su escuadra, pues de lo contrario los expondría, al pasar, á los fuegos del Castillo, y luego que lograrse salir los echaría á todos al mar. Los infelices prisioneros designaron con la anuencia del pirata, en medio de la mayor tribulación, á algunos de entre ellos para que fuesen en embajada cerca de don Alonso: los comisionados suplicaron de rodillas al vice-Almirante los mirase con ojos misericordiosos; que considerase que si no empeñaba su palabra de que dejaría pasar á los filibusteros sin molestarlos, todos ellos perecerían con sus mujeres é inocentes criaturas. "Si vosotros, replicóles airado don Alonso, hubiéseis impedido la entrada de esos bandidos, como yo me propongo estorbarles la salida, no habrías atraído estas desgracias sobre vosotros mismos y sobre vuestra nación que tanto ha sufrido por vuestra cobardía. Lejos de acceder á vuestra demanda, sabré mantener el respeto á mi rey como cumple á los deberes de mi cargo."

Volviéronse los españoles, afligidísimos y sin esperanza de salvación, á llevar aquella respuesta á Morgan, quien después de oírles dijo: "Si don Alonso no quiere darme paso libre

yo sabré procurármelo á despecho suyo," y se dedicó al reparto del botín, temeroso quizás de que, al salir al mar, se le desperdigasen, por tempestad ó por malicia, los barcos que más rico cargamento tenían.

Ocho días se emplearon en el reparto, hecho con todas las reglas y ceremonias que aquellos desalmados observaban, y á la vista del vicealmirante, furioso por su impotencia para impedirlo: el botín ascendió en metal acuñado y joyas á 250.000 pesos, sin contar las mercancías de todas clases y los esclavos que fueron repartidos entre los buques de la escuadra, proporcionalmente al número de las tripulaciones.

Pero faltaba la parte más importante de aquella aventura; y era pasar el canal de la Barra sin que los cañones del Castillo echasen á pique los barcos filibusteros. Morgan concibió para realizarlo, el siguiente ardid: de cada barco salieron chalupas cargadas de gente, ostentando armas y pabellones como si se preparasen á asaltar el Castillo; los botes atracaban á un punto donde los manglares ponían á los filibusteros á cubierto de la observación de los del Castillo; entonces la gente se acostaba en el fondo de las chalupas y éstas regresaban á bordo, quedando tan sólo visibles para los españoles los remeros que las conducían. Repitieron varias veces la misma operación; y los del Castillo, convencidos de que iban á ser asaltados por el lado de tierra, trasladaron hacia aquella dirección la mayor parte de sus cañones.

Por la noche, los filibusteros levaron anclas; y, favorecidos por el viento y la corriente, se dejaron arrastrar hacia el canal, sin izar vela alguna; los tripulantes estaban unos acostados sobre cubierta con las drizas listas, otros en las bodegas preparados para tapar los agujeros que lograsen hacer en el casco de sus barcos las balas españolas.

Cuando los del Castillo descubrieron con la claridad de la luna á los barcos filibusteros, éstos izaron repentinamente todas sus velas; y por más que de tierra hicieron fuego muy activo con los cañones que quedaron del lado del canal, los piratas lograron salir sin recibir daño de consideración, burlando así una vez más la cólera del vicealmirante Espinosa.

Después que estuvieron fuera de Barra, Morgan dió una lancha á los prisioneros para que se fuesen á tierra, con excepción de los rehenes de Gibraltar, por no haber recibido el completo del rescate de aquella ciudad; y antes de alejarse definitivamente de nuestras costas, mandó dis-

parar una andanada contra el Castillo á guisa de saludo; pero los cariacontecidos castellanos no contestaron ni con un tiro de mosquete.

Al siguiente día sorprendiólos en el golfo terrible tempestad, que estuvo á punto de vengar á tantas víctimas inocentes sacrificadas por aquellos bandidos con refinamientos de crueldad.

Echaron anclas en cinco ó seis brazas de agua, pero la violencia del viento y de las olas era tan grande,

ducto de sus sangrientas depredaciones.

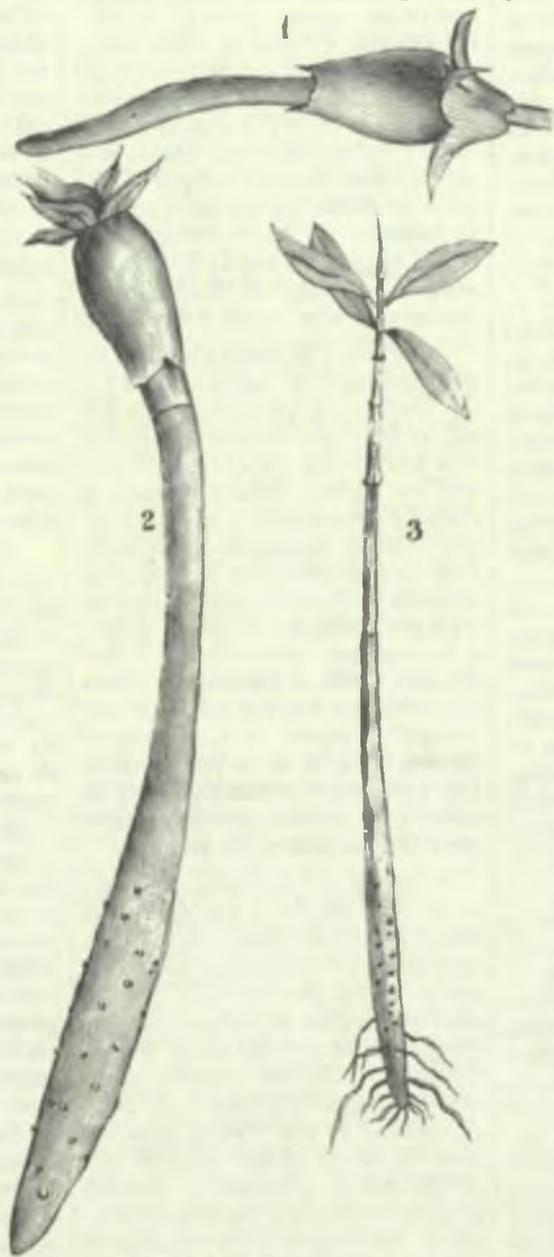
Cuatro días duró aquella agonía durante la cual los filibusteros no se atrevieron á cerrar los ojos á la luz; por temor, según dice uno de ellos, de perderla para siempre. Cuando cesó la tempestad y lograron salir del golfo, otro motivo de alarma se presentó en el horizonte: seis grandes navíos les daban caza; los filibusteros los creyeron al principio españoles; pero luégo reconocieron en ellos la escuadra francesa que mandaba Mr. d'Estrées quien les prestó todo género de auxilios.

Los filibusteros franceses se dirigieron á la costa de Santo Domingo; y los ingleses con Morgan á Jamaica.

Mientras Morgan y los suyos corrieron todas las aventuras que dejamos narradas, los compañeros, que, como recordarán nuestros lectores, se habían separado en Cabo de Lobos por comprar aguardiente á un barco inglés, anduvieron con muy mala fortuna: no encontraron la escuadra en la isla de Savona, ni la carta que allí les había dejado Morgan; y no sabiendo que rumbo tomar, resolvieron buscar fortuna por su cuenta, asaltando alguna ciudad del continente. Eran 400 hombres distribuidos entre cuatro barcos y una lancha: eligieron como jefe á un tal Hansel que se había distinguido por su valor en la toma de Puerto Bello.

Resolvieron atacar á Cumaná, y desembarcaron en la costa de Venezuela; mataron á algunos indios que les salieron al encuentro y marcharon sobre la ciudad; pero los españoles, ayudados por los indígenas, los rechazaron vigorosamente; y los piratas, derrotados y maltrechos, tuvieron que reembarcarse y regresar á Jamaica. Allí les encontraron los que regresaban de saquear á Maracaibo, y se mofaban de ellos diciéndoles: "Veamos si el dinero que habéis traído de Cumaná es de tan buena ley como el que nosotros traemos de Maracaibo."

(Continuará.)



EL MANGLE COLORADO

Fig. 1: Fruto al principio de la germinación. — Fig. 2: Fruto más desarrollado. — Fig. 3: Planta joven al desprenderse del árbol. (½ de tamaño natural.)

que tuvieron que seguir dando bordadas, con gran riesgo de encallar y caer en manos de los indios por un lado ó en las de los castellanos por el otro. Perdieron las anclas y gran parte de las velas; los barcos hacían agua por todas partes, y como amenazaban abrirse con el choque de las olas, tuvieron que amarrarlos con gruesos cables; las bombas en constante ejercicio no daban abasto y tenían que achicar también con baldes: aquellos desalmados parecían irremisiblemente perdidos junto con el pro-

El Yurumi ó Gran Hormiguero.

(MYRMECOPHAGA JURATA.)

NAV entre los mamíferos de la fauna actual ciertos tipos que, por su aspecto extraño ó por sus insólitas proporciones, contrastan con las formas generalmente modestas de los animales que nos rodean, y vienen á ser como testigos del pasado: tales son los Elefantes, los Rinocerontes, los Hipopótamos, los Kanguros, los Hormigueros, etc. etc.

Los hormigueros pertenecen al orden singular de los desdentados cuyos representantes en la fauna antdiluviana son el gigantesco *Megaterio* y el enorme *Gliptodonte*, y en la fauna actual los Perezosos, los Tatos (cachicamos) y los Pangolines.

Los Hormigueros sólo se encuentran en la América meridional: se conocen tres especies que se diferencian por sus proporciones, por la naturaleza del pelaje y por el número de dedos, lo bastante para que los naturalistas modernos hayan creído necesario separarlos en dos ó tres géneros en vez de dejarlos confundidos en un grupo único (*Myrmecophaga*) como lo hacía Linneo.

El principal y más notable de esos tres géneros es el gran Hormiguero (*Myrmecophaga jubata*); y de él vamos á ocuparnos.

Los grandes hormigueros viven al Este de Los Andes, en la región comprendida entre el río Plata y el mar Caribe; pero donde más abundan es en las regiones desiertas ó poco pobladas del Norte del Parauay. Viven por lo general aislados; y cuando se llega á tropezar con dos individuos juntos, son casi siempre la madre con su cría, cuya lactancia dura largo tiempo: acompaña á la madre hasta que una nueva reproducción esté próxima.

El Hormiguero no hace cuevas ni tiene madriguera fija; después de vagar todo el día por montes y sabanas en solicitud de hormigas y térmitas (comején) se acurruca al abrigo de un mogote, se duerme entre las altas yerbas ó en cualquier otro punto en que la noche le sorprenda. Su andar es lento; tan sólo trotta cuando se le persigue; y esto mismo lo hace tan pesadamente, que un hombre caminando á buen paso puede alcanzarle.

Se alimenta exclusivamente de térmitas y hormigas y de las larvas de ambos: con las uñas de las patas anteriores destruye sus nidos, alarga la lengua colocándola en medio de los insectos y la retira cuando está llena, repitiendo esta operación hasta quedar harto ó acabar con todas las hormigas.

El sentido más completo del Hormiguero es el olfato; sigue luego el

espina dorsal, hasta alcanzar en la cola de 26 á 40 centímetros de largo. El hocico, los labios, los párpados y las plantas de los pies no tienen pelaje; la cabeza es de un color gris ceniciento mezclado de negro: la nuca, los costados, el lomo, las patas delanteras y la cola, casi tienen el mismo color; la garganta, el pecho, el vientre, las patas posteriores y la cara inferior de la cola son de un pardo oscuro.

Desde la cabeza y el pecho hasta el sacro, corre por el lomo oblicuamente una faja negra que tiene de 14 á 15 centímetros de ancho en su parte anterior y termina en punta; y otras dos, una á cada lado, de un tinte gris claro-pálido; en el extremo del antebrazo se ve también una faja negra; las partes desnudas del cuerpo son también negras, lo mismo que los dedos de las manos. Cuando este animal llega á todo su desarrollo, mide 1 metro 30 centímetros de largo, sin contar la cola que mide 68 centímetros, sin los pelos, porque con éstos llega muchas veces á un metro; el largo total es por consiguiente de 2 metros 30 centímetros, encontrándose muchos yurumis viejos que exceden de esta talla. Este animal tiene un aspecto del todo desagradable; su cabeza forma un cono largo y delgado que se encorva un poco por de-



COMBATE ENTRE UN OSO HORMIGUERO Y UN JAGUAR

bajo en su parte anterior; el hocico es corto y obtuso. Las mandíbulas tienen igual longitud, aunque la inferior sea poco movable; el orificio de la boca reduce á una pequeña abertura, donde á lo más podría introducirse el pulgar del hombre; las fosas nasales tienen una forma semi-lunar; los ojos pequeños y hundidos, las orejas también pequeñas y casi cuadradas. La lengua que apenas tiene 9 milímetros de

oído; el de la vista parece algo defectuoso. Su voz es una especie de berrido que deja oír cuando está enfurecido, siendo éste el único sonido que produce. El nombre de *Yurumi*, que quiere decir *boca pequeña*, lo debe á los guaraní; los brasileños le llaman *tamandu*. El pelaje de este grande y extraño animal consiste en espesas cerdas cortas en la cabeza y que van siendo más grandes hacia la nuca y

bajo en su parte anterior; el hocico es corto y obtuso. Las mandíbulas tienen igual longitud, aunque la inferior sea poco movable; el orificio de la boca reduce á una pequeña abertura, donde á lo más podría introducirse el pulgar del hombre; las fosas nasales tienen una forma semi-lunar; los ojos pequeños y hundidos, las orejas también pequeñas y casi cuadradas. La lengua que apenas tiene 9 milímetros de

grosso, presenta la forma de un cono muy largo, pudiendo el animal sacarla de la boca hasta 50 centímetros.

Son animales inofensivos; pero cuando se ven acometidos muy de cerca ó cuando se sienten heridos, dan el frente al enemigo, se yerguen sobre las patas traseras como un oso, gruñen coléricos y procuran ahogar á su adversario ó destrozarlo con sus poderosas garras.

Y puede juzgarse si serán temibles esas garras que cortan como navajas de afeitar y miden de 4 á 7 centímetros de largo, considerando que están en una mano robusta dirigida por un brazo extraordinariamente vigoroso. El viajero Roulin estuvo á pique de ser destripado por uno de estos animales, por haberlo detenido agarrándole la cola, á tiempo que un pastor daba de foetazos al Hormiguero. Éste se devolvió y tiró un zarpazo tal, que Roulin vió pasar á dos pulgadas de su cintura una uña de medio pié de largo que le hubiera hechado las tripas afuera si no retrocede á tiempo.

Cuando ya están cansados de la lucha se echan sobre el lomo y se defienden con las garras, agitándolas en todos sentidos.

Sostienen contra el jaguar ó tigre americano luchas encarnizadas que terminan casi siempre con la muerte de ambos combatientes: aseguran los cazadores paraguayos que se han encontrado los cadáveres de estos terribles enemigos estrechamente abrazados.

Nuestro grabado de la página 291 representa un gran Hormiguero defendiendo su hijuelo de las garras de un jaguar.



EL MANGLE COLORADO

(RHIZOPHORA MANGLE L.)

El mangle colorado es uno de los vegetales más interesantes de nuestra flora, porque ningún otro presenta en su modo de crecer y de reproducirse una adaptación tan admirable á las condiciones excepcionalmente singulares de los parajes en los cuales se encuentra. Es cosa sabida que sólo prospera en la orilla del mar, donde las aguas están en contacto inmediato con sus raíces, y que en muchos puntos de la costa forma una extensa zona casi impenetrable, la cual, bajo el nombre de manglares, protege el litoral, á manera de muralla de verdor, contra los embates del océano.

Se comprende que el árbol, para poder vivir en circunstancias tan especiales, debe tener una organización muy diferente de la de los demás árboles exclusivamente terrestres, para dejar asegurada su conservación in-

dividual, y al mismo tiempo la de su especie.

En cuanto á la primera hay en efecto providencias de un orden mecánico, y otras fisiológicas, ambas muy adecuadas al logro del fin expresado. Obran en el primer sentido las numerosas raíces adventicias* que salen de la parte inferior del tronco y de las ramas, las cuales, al arraigarse en su contorno, funcionan como otras tantas anclas que apesar del movimiento de las aguas, mantienen el árbol con seguridad en la capa de fango más ó menos flojo que constituye el fondo de los manglares. Aquellas de estas raíces que emanan del tronco, nacen de él como á dos ó seis piés sobre el nivel ordinario del agua; al principio crecen casi horizontales, pero se encorvan hacia abajo y, llegadas á la superficie del agua, se dividen casi siempre en muchas raíces secundarias que penetran en seguida hasta el fondo. Las raíces adventicias que nacen en la circunferencia inferior de las ramas, penden primero perpendicularmente hacia abajo, y su peso dobla no pocas veces las ramas en un grado bastante notable. Al llegar á la superficie del agua, emiten también de su punta un número considerable de raíces secundarias que, siguiendo en direcciones divergentes, alcanzan al fondo, de modo que, después de arraigadas, ocupan cierta extensión de éste: disposición que naturalmente contribuye mucho á añañarlas mejor, y á aumentar su efecto mecánico. Las raíces adventicias del tronco tienen las más veces una forma algo comprimida, siendo su sección transversal, por consiguiente, más ó menos elíptica; las hay de seis á ocho pulgadas de diámetro mayor, con una médula á menudo excéntrica y á lo sumo de media pulgada de espesor. Las raíces producidas por las ramas al contrario son cilíndricas y su médula es más voluminosa. El cuerpo leñoso de ambas, lo mismo que el del tronco y en general todas las partes de la planta, contienen un gran número de fibras en forma de pelos, que fácilmente pueden observarse en la fractura transversal de las raíces. Se designan con el término científico de tricoblastos, y son tan numerosas y duras, que en corto tiempo se inutiliza el filo del cuchillo, al hacerse secciones transversales de los órganos correspondientes. Cada tricoblasto tiene la forma de una letra H: sus dos partes longitudinales ocupan los espacios intercelulares del tejido, mientras que la pieza transversal se adhiere fuertemente al parenquima intermedio. No cabe duda de que son destinados á funciones mecánicas, y que contribuyen sobre todo á aumentar la elasticidad y re-

sistencia de los órganos en los cuales se encuentran, siendo comparables por consiguiente á las piezas de hierro de igual forma que á veces se ponen en las paredes para incremento de la seguridad. Al mismo tiempo sirven para evitar el colapso de los espacios intercelulares, que podría resultar por el exceso de transpiración bajo la influencia de los intensos calores tropicales.

Las raíces adventicias, aunque sus funciones son esencialmente mecánicas, cooperan también á la nutrición del árbol, absorbiendo sustancias que le sirven de alimento; pero nunca pierden su carácter de raíces, de modo que, aun en sus partes expuestas al aire, jamás producen yemas ni hojas.

La transpiración se regulariza además por la estructura anatómica de las hojas, de lo que resultan las providencias fisiológicas para la conservación individual del árbol. En primer lugar carecen las hojas de estomas en su cara superior, y su epidermis aparece fuertemente cuticularizada. Debajo de la epidermis existe un hipoderma muy desarmado, ó sea un tejido de células formado de cuatro á seis capas, que abunda en agua, y cuyas capas superiores contienen una cantidad muy considerable de ácido tánico (sustancia por lo demás fundida en todas las partes del árbol), que sin duda está en relación con la capacidad de este mismo tejido de absorber toda el agua necesaria para el proceso de la vegetación. Mientras que en otros árboles el tejido interior de las hojas, ó mesófilo, presenta numerosos vacíos llenos de aire, éstos faltan casi por completo en las hojas del mangle, lo que contribuye igualmente á reducir su transpiración.

Hemos visto hasta ahora de qué modo queda asegurada la existencia individual del árbol, pero importa aún más conocer las providencias interesantes que aseguran la conservación de la especie, ó como los individuos se multiplican y se reproducen. Claro está que para ello es necesario que los árboles fructifiquen y produzcan semillas capaces de germinar. Mas si el fruto de mangle, después de maduro, se desprendiera del árbol, caería simplemente al agua y muy probable las olas lo llevarían á lugares en los cuales la germinación de las semillas es de todo punto imposible. Por eso los frutos maduros no se dependen del árbol, sino quedan colgantes de las ramas hasta que la germinación haya avanzado lo suficiente, para que la joven planta pueda establecerse y vivir de su propia cuenta. El mangle es por consiguiente en cierto sentido un vegetal vivíparo, y de la manera que expondremos ahora.

El fruto del mangle colorado tiene un pericarpio muy resistente, que abunda además en ácido tánico, cristales de oxalato de cal y tricoblastos.

* Véase el grabado en el número 19, página 158, de *El Zulia Ilustrado*, en la que falta sin embargo la indicación de las raíces adventicias que nacen de las ramas.

Contiene una sola semilla, provista de un albumen extra-ovular, que forma una especie de arilo alrededor de la micropile y no encierra ninguna sustancia para la alimentación del embrión, de modo que sólo funciona como órgano de absorción, que transmite al embrión los jugos alimenticios de la planta-madre. El embrión está además envuelto por completo en el único cotiledón ú hoja seminal (aunque el mangle colorado pertenece sin duda á la sección de las plantas dicotiledóneas) que si bien contiene fécula, parece ser, como el albumen, un órgano que transmite al embrión la savia nutritiva elaborada en los tejidos de la planta. Desde el momento de la fecundación pasa casi un año hasta que el fruto germinado se desprende de la rama, y en este largo tiempo se desarrolla sobre todo el tallito del germen, que se prolonga sobre todo hacia abajo, formando al fin un cuerpo de un tercio ó medio metro de largo y más grueso hacia su extremo, el cual termina en punta corta y algo obtusa. La plúmula del germen llega á formar mientras tanto un cuerpo cónico, de centímetro y medio de largo, y compuesto de hojas arrolladas y estípulas, las que sólo se abren después de haber salido el embrión de su envoltura. En el extremo inferior del tallito nacen á menudo varias raicillas laterales que pueden alcanzar más de un centímetro de longitud, antes de que la nueva planta se separe de la madre; pero en ningún caso se observa un desarrollo de la raíz principal. (Figura 1, 2 y 3).

Al haber llegado la planta embrional á este grado de perfección relativa, se efectúa su desprendimiento del árbol que la ha producido. Como su parte inferior es más voluminosa, el centro de gravedad está cerca de este extremo, y en consecuencia cae la plantica desprendida perpendicularmente, adquiriendo en su caída fuerza bastante para atravesar el agua (con tal que no sea muy profunda) y penetrar con su punta cónica en el fondo fangoso del manglar, en el cual queda de este modo establecida para siempre. Sucede, por supuesto, muchas veces que no llega hasta el fondo, por ser el agua de mayor profundidad; pero como la plantica tiene un peso específico menor que el del agua, flota en posición perpendicular hasta que perezca, ó que llega á un lugar favorable á su desarrollo ulterior, y de esta manera se ha efectuado sin duda la distribución geográfica del árbol, el que hoy se encuentra en todas las costas de la zona tórrida.

Fuera de los puntos expuestos que son puramente de interés biológico, el mangle colorado no deja de tener cierta importancia económica.

El sistema complicado de raíces que constituye la parte sumergida de un manglar, funciona como rompeolas y contribuye así á la fijación de las costas marinas, ofreciendo al mis-

mo tiempo abrigo á muchos animales, sobre todo crustáceos y moluscos, como las ostras de nuestros mares, que viven adheridas á estas raíces, á lo cual alude su nombre científico (*Ostrea parasitica*.)

Es además cosa bien conocida que el mangle da una madera incorruptible y una corteza muy rica en materia tanante.

La madera presenta en el corte transversal un gran número de radios medulares, que forman líneas ligeramente onduladas. Los poros son abundante, pero bastante finos, y están distribuidos en grupos de 2 á 5, ó raras veces de 6 á 8. El tejido leñoso es muy homogéneo; los anillos son poco visibles, diferenciándose sólo por la cantidad mayor ó menor de los poros. El color es rojizo, sobre todo en el corazón, que tiene un peso específico de 1.01 á 1.02. Según Lannessan su fuerza es de 297 kilogramos, siendo este el número probablemente el límite de peso, ó de ruptura transversal, por centímetro cuadrado. La madera de las raíces adventicias del tronco se usa mucho para curvas de embarcaciones pequeñas; las ramas derechas y las raíces pertenecientes á ellas, dan vigas excelentes, de las que se exporta v. g. de Maracaibo gran cantidad á otros puntos de nuestras costas; y si la madera de los troncos no se emplea mucho en la ebanistería, es por la razón de ser estos últimos raras veces de dimensiones suficientes para sacar de ellos tablas de un buen tamaño. La incorruptibilidad de la madera del mangle proviene del ácido tánico que contiene, siendo por eso de ningún agrado á los insectos lignívoros, y muy resistente contra la influencia de la humedad, y sobre todo del agua del mar.

La corteza de mangle encierra, según la edad, de 22,5 á 33,5 por 100 de una materia tanante que tiñe de verde las soluciones ferruginosas y adquiere por la adición de legía potásica un color moreno ó rojo. Se usa mucho en las curtidurías del país, y aun se ha exportado á veces á Europa y á los Estados Unidos (en Hamburgo se cotizaba el año pasado á 20 marcos imperiales por quintal métrico); tiene sin embargo el defecto de contener una sustancia tintórea, que da al cuero un color oscuro. Su precio en Caracas fluctúa de 80 á B. 112 por tonelada de 20 quintales.

Obsérvase á menudo en las ramas del mangle la sustancia conocida en el país bajo el nombre de *barba de mangle*. Tiene el aspecto de ser un líquen filamentoso; pero se pone desde luego á clasificarla como tal la falta de toda estructura celular, mientras que la circunstancia de haber en su interior numerosos espermacios, comprueba la naturaleza fungoidea de esta producción singular. La *barba de mangle* consta en efecto de los espermátóforos de un hongo, cuyo micelio vegeta debajo la corteza del árbol, de donde salen á principios de

la estación de las lluvias. Su color rojo amarillento está sin duda en relación con la sustancia tintórea de la corteza de mangle: lo comunica al agua en que fácilmente se deshace, tomando el líquido un tinte moreno después de añadidas algunas gotas de amoniaco ó de cualquiera otra solución alcalina. El hongo que produce la *barba de mangle*, pertenece probablemente al género *Quaternaria* de Tulasne, pero no se ha podido clasificar aún con precisión, por falta de materiales suficientes. Había una muestra muy hermosa en el departamento del Zulia, en la Exposición Nacional del Centenario, año de 1883.

Terminaremos este escrito con algunas observaciones lingüísticas acerca de los nombres de la *Rhizophora Mangle*. El nombre genérico, usado en botánica, se deriva del griego y significa "portador de raíces." La misma idea aparece en el nombre *kakuttiru* que le dan los aravacos de la Guayana, formado del verbo *kakulin* (tener piés.) Los cumanagotos, en las costas orientales de Venezuela, tomaron el nombre de la sustancia tintórea que sacaron de la corteza: *marmar* en su lengua significa "almagre" y de ahí viene *marmari*, como llamaban el mangle. Los nombres *mangle*, *mangue* y *palétuvier*, usados en castellano, portugués y francés, son todos de origen guaraní. En este idioma *ibang* (la *i* con sonido medio sordo) significa "árbol torcido ó encorvado", palabra compuesta de *ibirá* (árbol) y *bang* (torcido); en lugar de *ibira* se dice también *imira*, y por contracción resultaron las formas *ib-bang* ó *im-bang*, las cuales se convirtieron en *ibang* ó *imang* (con el sonido muy sordo de la vocal inicial), á consecuencia de la fusión fonética de las consonantes labiales. La palabra *mangle* alude por consiguiente á las raíces encorvadas que hemos descrito arriba. El nombre *palétuvier* (antiguamente *parc-tuvier*) sería, según Littré, de origen desconocido, lo cual sólo es cierto en un sentido individual. La palabra es evidentemente una corrupción del tupi (ó guaraní) *guaparaiba* (en galibi *aparión*), compuesto de *o-apar* (lo que se encorva) é *ib* (árbol.)

A. ERNST.

Recuerdos de Venezuela

POR

D. A. ARRIETA

EL BAILE DE LOS GOAGROS.

PERMANECIMOS varios días en el puerto de Encontrados, ocho leguas abajo de la confluencia del Catatumbo y el Zulia, esperando el vapor *Progreso* que debía conducirnos á Maracaibo.

Encontrados es la cabecera de la parroquia del mismo nombre, y tiene

unos ochenta habitantes distribuidos en doce ó trece casas.

No hay fastidio comparable al que sufríamos.

Absolutamente ociosos, pues que una novela — dulce provisión intelectual para los días de navegación por los ríos — había ya sido leída y releída por todos: agotada nuestra curiosidad de viajeros y tomadas ya las respectivas notas de viaje, que no alcanzaron á llenar una página de la cartera: agotada también la paciencia por tanto esperar en aquel puerto inclemente: sin atractivo alguno de sociedad fuera de la que formábamos nosotros mismos, no sabíamos qué hacer para engañar el tiempo y matar el fastidio.

—Hoy es sábado, dijo el capitán Ríos: esta noche hay baile de goagiros en la pulpería de *Miracielos*. Nos divertiremos un tanto.

Los goagiros abundan por aquellas haciendas. Se les trae contratados á trabajar por años. Á veces comprados, especialmente á las indias jóvenes.

Los sábados, cuando los goagiros vuelven del trabajo, comen por tercera vez, y cantan y bailan hasta la hora de dormir. Tal es su vida.

Á las ocho estábamos todos los pasajeros, presididos por el Capitán, instalados en la pulpería.

Un gran patio servía de salón, y por todo alumbrado un muchacho, de nombre Galluzo, mantenía en alto un candil de mecha gruesa alimentada con manteca de caimán. Á veces, recorriendo la rueda, daba luz á todo el espacio destinado á los danzantes.

Los indios vestían el traje habitual de los campesinos de la comarca. Las indias, una ropa talar de lienzo burdo, cerrada y sin mangas, á manera de sotana, con anchos agujeros por los cuales salían desnudos los brazos.

Por entre todos iba y venía con solícito cuidado el intérprete. Los indios, recién llegados todavía, comenzaban á aprender la lengua del país, y para entenderse con ellos era preciso hablarles por medio del intérprete.

Era éste un indio viejo que habiendo salido muy joven de la Goagira estuvo por algunos años al servicio de un blanco en Maracaibo, y luego pasó á batelero en el canal de Curazao. Hablaba, pues, la lengua goagira, un poco de español y otro de papiamento. Había recogido además, por el trato con los grumetes en los bodegones de la isla uno que otro terminacho del bajo inglés, propio de la sociedad en que había vivido.

Ahora rodeado ya del doble prestigio de la sabiduría y de los años, cual otro *Chactas*, iba aproximándose al nativo suelo, en el cual pensaba, sería proclamado jefe de la nación, y allí podría dedicarse á transmitir á la juventud india, á la sombra de los

árboles antiguos, los tesoros de su experiencia de la vida, junto con su conocimiento de las tierras y los idiomas extranjeros.

Un hábil músico, sentado en un banco, tocaba un instrumento de percusión de dos pies de alto que sujetaba entre las piernas. Era un cilindro de madera, ahuecado, con una piel de carnero curtida fija en uno de sus extremos, y fuertemente estirada y asegurada en contorno.

Los indios formaban en círculo al rededor de este músico.

El tambor comenzó á sonar, dejando oír acentos profundos y melancólicos como los ecos lejanos de los vientos en la selva. Un indio molettudo y grave, especie de maestro de capilla, entonó un canto extraño en lengua goajira, vuelto hacia el lado por donde el sol se pone, y levantando á menudo el brazo derecho hasta la altura del horizonte, como si quisiese marcar un compás ó alzar una invocación.

—Simona! que salga Simona! gritaban algunas personas del lugar. Y el intérprete habló á una de las indias, transmitiéndole la petición del público.

El baile principia así: sale la mujer primero, da unas vueltas dentro del círculo, una mano en la cintura y la otra hacia adelante, ejecutando con el cuerpo movimientos variados y graciosos; y á poco arroja un pañuelo hacia el lado de los hombres.

Esta designación impone al preferido el deber de aceptar. Sale también, da á su turno las vueltas preliminares, pero en dirección contraria á la que lleva la pareja, se encuentran luego, retroceden, vuelven, se buscan y se persiguen alternando, golpean en tiempos iguales y fuertemente el suelo con los piés, lanzan exclamaciones sordas de alegría, y el baile va tomando el carácter y la expresión de un apasionado frenesí. Al propio tiempo, el canto, en cadencias cortas de pocos sonidos que se repiten constantemente sobre una misma nota, á compás con el ritmo breve y animado del tambor, va precipitando las sensaciones.

Simona era la más joven de las indias, y, como ya se habrá podido suponer, también la más popular entre los curiosos concurrentes á los bailes: la juventud es siempre interesante. Una salva de aplausos la saludó al aparecer.

De regular estatura, formas bien proporcionadas, y delgada cintura, su cuerpo ofrecía cierto género de elegancia natural que luego parecía mayor por el contraste con sus compañeras.

Era hija del Cacique ó Señor de su tribu, el cual murió en guerra con una tribu limítrofe. El vencedor tomó á la familia del vencido como botín de guerra, condenó á los varones á la hoguera y vendió á las mujeres

como esclavas. Simona llevaba en sus brazos, dibujados con una tinta azul indeleble, los signos de su origen y posición: cabañas, árboles y ganados, que indicaban la opulencia de sus padres: armas, collares, y uno como bastón ó cetro rodeado de geroglíficos, símbolo de la nobleza de su cuna regia.

Todo esto fué explicado por el intérprete, junto con la triste historia de la orfandad y esclavitud de aquella hija de reyes. Examinábanos las pinturas con viva curiosidad, haciendo toda clase de preguntas, y como alguno de los pasajeros le apretase un poco, cual si quisiese acariciarla, aquellos hermosos brazos, duros y provocadores, la princesa del desierto correspondió mirándonos con una bondadosa sonrisa.

Tenía en sus modales y actitudes un aire de magestuosa distinción, y sus compañeras la consideraban mucho. Prestaba una atención benévola y aun cariñosa á cuanto le hablábamos, y se esforzaba por comprendernos.

Simona dió las primeras vueltas de estilo con gallarda suficiencia, y en seguida arrojó su pañuelo al capitán Ríos.

—Muy bien! muy bien! á bailar. Capitán.

Éste no se hizo esperar: aquella preferencia obligaba más que una orden. Divertido, bullicioso y alegre de carácter, el Capitán se lanzó dentro de la rueda entusiasmado, agitando el pañuelo en alto como un trofeo.

La hermosa goagira danzaba con extraordinaria agilidad. Á veces lanzábase en línea recta, y pasaba junto á nosotros rápida como una exhalación: á veces danzaba en círculos, que iba poco á poco estrechando en voluptuoso abandono: formaba con los piés, sin perder el compás, toda clase de combinaciones: sus aptitudes y movimientos imitaban ahora el balanceo de las palmas, ahora la fuga de la corza en la montaña: abría y levantaba los brazos como si quisiera simular el vuelo de las aves ó estrechar un objeto invisible, y sus ojos grandes, de lánguida y dulce mirada, tomaban entonces una expresión apasionada y ardiente. . . .

Contemplaba yo á la hija del Cacique, víctima de las tres desgracias mayores de la vida — la proscricción, la orfandad y la servidumbre — y sintiéndose, no obstante, dichosa por aquel placer de una hora en una tierra extranjera. Y viniendo á mi memoria naturalmente los recuerdos de esa raza infeliz condenada á la abyección y á la barbarie, y ya próxima á extinguirse, experimentaba mi corazón un hondo sentimiento de piedad. . . .

El goagiro es, por índole, dulce, dócil y bueno. Inteligente, industrioso y trabajador, perspicaz, valiente y sufrido, cada uno de estos hijos del desierto que llega á civilizarse se torna en útil ciudadano.

Su patriotismo no se parece al del hombre de las ciudades, todo palabras y ostentación. En Colombia se observó, cuando por prescripción de una ley eran confinados lejos de sus bosques los indios delincuentes, que se morían de tristeza. Traídos pequeños á las casas de familia para el servicio doméstico, frecuentemente se van á la primera oportunidad que se les presenta, aun cuando hayan vivido muchos años en las comodidades de la vida civilizada y bajo el cuidado de una afectuosa protección. Mas no es ingrátido: es que la madre Goagira los atrae y cautiva como el amor de los amores.

Son sinceramente hospitalarios; y una vez que el extranjero se ha acogido al hogar de la nación, ya es innoble echarle en cara la hospitalidad recibida.

El indio goagiro no olvida nunca ni el beneficio ni la ofensa: para él el beneficio es siempre sagrado, y el ofensor siempre enemigo. Y de esta manera, la gratitud y la venganza, eternos polos del corazón humano, trazan el paréntesis dentro del cual se desenvuelve toda su vida moral.

Un sistema insensato y cruel de colonización ha ido destruyendo estas naciones indígenas en todo el continente.

Su total extinción entre nosotros no está muy distante, ya que es común encontrar á las hijas de los caciques vendidas y trabajando como esclavas en las haciendas y rancherías....

con la revolución nació igualmente mi desgracia.

Nadie podrá quitarme la gloria de haber sido el primero de mis conciudadanos que empezó á sufrir la más dura prisión é ignominias por mi amor á la Patria en aquellos tiempos de oscuridad ó de terror que me dificultaban el más débil consuelo. Por ninguna parte alcanzaba otra esperanza ni satisfacción que la de ser sacrificado por ella, quitando con mis padecimientos muchas vendas que impedían á mis conciudadanos ver á toda luz la justicia de nuestra causa y la necesidad de sostenerla, apoyándome sólo para esto en algunos actos generosos y en el tal cual influjo y conexiones de mis deudos y amigos. Nadie mejor que V. E. conoce la dureza del gobierno español para cual-

prever con anterioridad mis años y experiencia.

Infringida por Monteverde la capitulación de San Mateo, á virtud de la cual entró en Caracas, nada me valió el haber sido un emigrado que no había tomado las armas ni hecho servicio activo contra su Gobierno. Yo fui conducido á La Guaira amarrado, y encerrado con grillos en una de sus bóvedas, mandándome después á las del Castillo de Puerto Cabello donde fui aherrojado particularmente con grillos tan disformes que no me permitían ni el triste y miserable alivio de moverme. Mas al fin, conducido á Valencia para ser juzgado, ya con algún favor, y desempeñada mi defensa con sagacidad é interés, se me dió pasaporte con algunas trabas y pude pasar á Curaçao en donde me mantuve casi todo el tiempo de la guerra á muerte, pues cuando Boves hizo su irrupción en la capital de Caracas, me hallaba yo en San Thomas. La necesidad me hizo pasar á Puerto Rico donde supe el estado ruinoso en que se hallaba la causa de la Patria, y empecé á buscar protectores que me defendiesen para volver tranquilo al seno de mi familia, como lo debía esperar respecto á que por no haber jurado la independencia y hallarme todavía bajo el yugo español, sólo había hecho por la Patria servicios simulados que no perjudicasen más mi existencia y la de mi familia, hasta que llegase la oportunidad de quitarme la

● A MARACAIBO ●

SONETO DOBLE

Tierra amada del Sol, patria querida, te llamó con orgullo tu poeta el insigne Haralt, á quien la fama lauros ciñó con júbilo profundo, porque el fuego del trópico, que inflama tu virgen seno con raudal fecundo, te mantiene de brillos encendida, cual tocada de olimpica paleta.

Tierra amada del Sol, del Sol herida, que, en incesante incubación secreta, con la savia de luz, con esa llama de resplandor divino y rubicundo que el padre sol desde el cenit derrama te nutres en verdad, tal ante el mundo te presentas hidrópica de vida y de ardimiento varonil repleta.

Mas si en tu cielo límpido fulgura la lumbré ecuatorial de aquesta zona, que ensalzó tu cantor como un portento mirándola esplender á maravilla, hay otra luz magnífica y más pura que radia como sol de tu corona.

Es la luz del olimpo immaculada con que el genio en el alma centellea; es la savia inmortal del pensamiento que al par te nutre y como gloria brilla: por ello eres *del Sol la tierra amada*, y también tierra amada de la idea.

B. Orozco H.

Maracaibo: 1891.

Documentos para la historia del Zulia.

REPRESENTACION.

Excelentísimo señor Libertador Presidente de Colombia.

Jph de Almarza, teniente coronel de milicias, con el mayor respeto y consideración debidos á V. E. represento: que hasta la edad de 44 años en que me hallaba cuando nació en Caracas nuestra libertad, jamás había sido preso ni despreciado en diversos destinos que ocupé y comisiones arduas que se me confiaron, desempeñando siempre mis deberes á satisfacción de mis jefes, y realizando con la regularidad de mi conducta un cierto grado de consideración que supe merecer al lado de mi larga familia. Gezaba de un caudal proporcionado á mis obligaciones, cuando

quier americano aun cuando no sea juzgado como delincuente, y así no debo embarazar su ocupada atención presentándole con exactitud aquel cuadro horroroso de mis padecimientos: sólo indicaré que por dos veces me envenenaron la comida; y que me adrnaron el calabozo con féretros y toda suerte de cadalsos, conducciones de reos á ellos, con otras lúnebres imágenes á que daban un valor espantoso las duras é injuriosas inscripciones que sólo para mí se dictaron.

Por fin pude escaparme y pasar, venciendo mil obstáculos, á Maracay, donde se hallaba el general Miranda cuyo despotismo no pudo conformarse con mis principios, y me mantuve en clase de emigrado en la Victoria, procurando salvarme de la ruina en que fuimos envueltos y me hicieron

máscara públicamente, y como tal republicano, sostener á bandera desplegada la causa general de la América, que es precisamente el caso en que al presente me hallo desde la publicación del armisticio que celebró V. E. como Presidente de Colombia, con el General en Jefe del Ejército expedicionario de la España.

A merced de una Real Provisión que obtuve á mucha costa, yo había sido repuesto en mi destino de Regidor Decano de este Ayuntamiento, aunque siempre mirado con reserva por los funcionarios del gobierno despótico. La constitución española me proporcionó con el orden de sus votaciones ser Alcalde Primero constitucional de la ciudad de Gibraltar, cuyo empleo servía cuando se acordó el armisticio, y yo tuve el honor de haber jurado la independencia en

ella, sin haber recibido órdenes para esto ni noticia oficial del citado armisticio, ni demarcación de terrenos, como podrá informarlo á V. E. el Benemérito General Jefe de su Guardia que se hallaba en Trujillo.

Un desorden introducido allí por los Morenos de La Ceiba, animados por mi cuñado, el ciudadano Juan Antonio Losada (mi mortal enemigo) ha sido causa para quedarme sin los esclavos de la dotación de mi hacienda de cacao y plátanos, que siendo la más pingüe de toda la Provincia se halla hoy arruinada por falta de cultivo, y mis esclavos errantes por los montes sin servirme en tal útil trabajo ni tomar las armas para obtener su libertad.

En esta situación lamentable ocurrió con mi queja al expresado señor General Jefe de la Guardia, quien convencido de mis padecimientos, ó queriendo premiar mi adhesión al Gobierno con proporción á mis medianas luces y mucho deseo de acertar, me nombró Gobernador Militar y Político de aquel Departamento en clase de interino, mientras V. E. lo aprobaba, como igualmente el grado de Teniente Coronel de Milicias que el general Miyares me había oscurecido con mi larga prisión por INSURGENTE.

Esta gracia se quedó sin efecto porque el malicioso Losada supo inspirar en el corazón de sus cómplices un terror pánico á la recta justicia, y consumiendo las reliquias del Mayorazgo que le dejaron sus abuelos, pudo sobornar un número aunque corto de Morenos, que presentándose con él y su familia al señor General, pudieron persuadirle que el pueblo no me quería por su Gobernador, adelantándose Losada en sus intrigas y manejos hasta hacerse elegir Alcalde de la dicha ciudad de Gibraltar, cuando en toda la serie de sus años no ha servido ni para el oficio de Alguacil, por su carácter díscolo y revoltoso con que ha turbado siempre á toda su familia, según lo persuade en parte el documento que acompaño, y el hecho público de haber sido depuesto á los muy pocos días, por orden del mismo General.

Yo quedé desairado y en mayor indigencia cuanto más pasaban los días, consumiendo paulatinamente las alhajas de mi desercia por falta de recursos, hasta el punto de tener que solicitar un destino para mantenerme, y así me lo ofreció el señor General luego que Maracaibo rompiese sus cadenas, como sucedió á poco tiempo sin hallar yo el destino ni otra ocupación por parte del Gobierno que la comisión dispendiosa que se me confió para pasar á Coro en clase de Emisario.

Poco amigo de molestar á las autoridades, suspiraba en silencio á proporción que crecían mis adversidades y miserias; y dominando mi semblante cuanto estuvo en mí, nadie advirtió hasta ahora los celos que me

despedazaban viendo á mi Madre-Patria preferir á otros hijos de aquellos que á mí mismo me han perseguido siempre, sólo porque la amaba.

Sabía yo que las intrigas de mis adversarios habían prevenido á V. E. con informes siniestros contra mi conducta anterior; pero tranquilo siempre como asegurado en mi propia conciencia, he estado esperando alguna indicación para justificarme, caso que V. E. no los hubiese despreciado como ellos se merecen. Mas es llegado el caso de que el mundo sepa que antes de ser republicano en lo público, ya lo era por principios en el fondo de mi corazón, obrando siempre á favor de la causa según me lo permitían las circunstancias y en la necesidad en que me hallaba de sufrir el yugo insoportable del Gobierno á que pertenecía; siendo por tanto de estimarse como actos gratuitos aquellos esfuerzos y servicios que yo hacía en silencio bajo de la opresión, no siéndome posible imitar por entonces á los que ya comprometidos, por haber reconocido el Gobierno de la República, defendían con los derechos de la Patria sus bienes y sus vidas.

Lejos de arredrarme la continuación de mis padecimientos y privaciones cuando más esperaba mejorar mi suerte bajo los auspicios de la Patria, acabo de ofrecerme con mis dos únicos hijos para defender sus derechos; pero gradúe V. E. cuál será la pena que me mortifica viéndome desairado y aun sin la aprobación de V. E. en cuanto al grado de Teniente Coronel de Milicias que me dispensó el General Jefe de su Guardia, y de que Miyares me había privado con arbitrariedad.

Los que saben la historia de mi persecución y trabajos, los Godos mismos con su frecuente crítica, me han puesto en la necesidad de ocurrir á V. E. como en quien reside el lleno del poder, para que dejando obrar su grande corazón, repare mis quebrantos y desaires del modo que más sea conforme á la justicia de mi reclamo, como yo lo suplico á V. E. reverentemente en Maracaibo, á 20 de Abril de 1821.—Exmo. Sr.

JPH DE ALMARZA.

Es copia de su original remitido en su fecha al señor Libertador Presidente, á que me remito. — Maracaibo, Junio 25 de 1821.

JPH DE ALMARZA.

NOTICIAS BIOGRAFICAS

DEL CAPITÁN

ALONSO DE HOJEDA

NACIÓ en la ciudad de Cuenca hacia el año 1470, aunque era oriundo de la casa solariega de Hojeda, sita cerca de Oña en la merindad de la Bureba. Fué primo hermano del V. P. Fr. Alonso de Hojeda, dominico,

uno de los primeros inquisidores de España, y muy favorecido de los Reyes-católicos; y estuvo de criado ó familiar del duque de Medinaceli D. Luis de la Cerda. Entonces al parecer debió tratar á Cristóbal Colón, quien luego que llegó fugitivo de Portugal estuvo hospedado en la casa del duque dos años, hasta que se avino con los Reyes para emprender el descubrimiento de las Indias.¹ Como el duque residía algunas temporadas en Sevilla, debió suceder en ese tiempo lo que refiere el historiador F. Bartolomé de las Casas, cuyas palabras copiamos por la descripción que hace de las prendas y disposiciones de Hojeda: "Vinieron asimismo (en el segundo viaje de Colón) un Alonso de Hojeda, mancebo, cuyo esfuerzo y ligereza se creía entonces exceder á muchos hombres, por muy esforzados y ligeros que fuesen, de aquellos tiempos. Era criado del duque de Medinaceli, é despues por sus hazañas fué muy querido del obispo D. Juan de Fonseca susodicho, y le favorecía mucho. Era pequeño de cuerpo, pero muy bien proporcionado y muy bien dispuesto, hermoso de gesto, la cara hermosa y los ojos muy grandes: de los más sueltos hombres en correr y hacer vueltas, y en todas las otras cosas de fuerzas, que venían en la flota y que quedaban en España. Todas las perfecciones que un hombre podía tener corporales, parecía que se habían juntado en él, sino ser pequeño. Deste se dijo, y tuvimos por cierto, y pudiérame yo certificar dél por la conversación que con él tuve, si advirtiera y entonces pensara escribirlo, pero pasábalo como cosa pública y muy cierta: que cuando la Reina Doña Isabel subió á la torre de la Iglesia mayor de Sevilla, de donde mirando los hombres que están abajo, por grandes que sean, parecen enanos, se subió en el madero que sale veinte piés fuera de la torre, y lo midió por sus piés aprieta como si fuera por un ladrillado, 7 despues al cabo del madero sacó él un pié en vago dando la vuelta, y con la misma prisa se tornó á la torre, que parece ser imposible no caer y hacerse mil pedazos. Esta fué una de las más señaladas osadías que un hombre pudo hacer, porque quien la torre ha visto y el madero que sale, y considera el acto, no puede sino temblarle las carnes.

"Dijose también dél, que puesto el pié izquierdo en el pié de la torre, ó principio della que está junto al suelo, tiró una naranja que llegó hasta lo más alto. No es chico argumento este de la fuerza grande que tenía en sus brazos. Era muy devoto de Nuestra Señora; y su juramento era de voto á la Virgen María. Excedió á todos cuantos hombres en España entonces había en esto: que

¹ Pizarro, *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, pág. 41.

² *Colec. de los Viajes Españ.* tom. II, pág. 20.

siendo de los más esforzados, y que así en Castilla, antes que á estas tierras viniese, viéndose en muchos ruidos y desafíos, como después de acá venido en guerras contra indios millares de veces, donde ganó ante Dios poco, y que él siempre era el primero que había de hacer sangre donde quiera que oviese guerra ó rencilla; nunca jamás en su vida fue herido ni le sacó hombre sangre hasta obra de dos años antes que muriese, que aguardaron cuatro indios de los que él injustamente infestaba de Sancta Marta, y con gran industria le hirieron como abajo se contará, porque fue un señalado caso. Otra hazaña memorable yendo á Castilla en una nao, que también se contará, placiendo á Dios, abajo."²

El conocimiento y trato que tuvo Hojeda con Colón, y el favor de su primo, contribuyeron sin duda á proporcionarle el mando de una de las carabelas que fueron con el Almirante en el segundo viaje, y que salieron de Cádiz á 25 de setiembre de 1493. Cuando avistaron la isla de la Guadalupe buscaron un puerto donde surgir, y bajaron varias cuadrillas á descubrir la tierra. El veedor Diego Márquez con ocho compañeros se internó tanto que se perdió: cuidadoso el Almirante envió á Hojeda con 40 hombres á buscarlo y á reconocer de paso el país. Caminaron con muchos trabajos, y entre ellos contaban haber pasado en seis leguas 26 ríos con el agua en muchos de ellos hasta la cintura. Pudo ser uno mismo y atravesar muchas veces por las vueltas y revueltas de su curso. También dijeron haber hallado muchas plantas y especias aromáticas y variedad de aves, muy extrañas; pero no encontraron á Márquez ni á su gente, que al fin regresaron pocos días después.³

Habiendo llegado á la Española, empezó el Almirante la edificación de la orilla de la Isabela, y entretanto para explorar la tierra, en especial la provincia de Cibao, donde se suponía haber mucho oro envió á Hojeda con 15 hombres en enero de 1494. Caminó al principio con mucho trabajo por país despojado y altas sierras hasta que bajando de una de ellas avistó la Vega Real, cultivada por todas partes, cruzada de multitud de arroyos, cuya mayor parte desaguan en el río Yuqui, y llena de poblaciones donde residían muchos caciques y señores, que le recibieron y regalaron con amor y fraternidad. Reconoció la provincia de Cibao y pasó el río Yuqui, recogiendo algún oro en varios arroyos próximos. Con tan faustas noticias y preciosas muestras volvió á la Isabela, donde reanimó el espíritu de sus compañeros desalentados ya con los trabajos y enfermedades que padecían. El

Almirante, lleno de satisfacción y de esperanzas al ver el buen éxito de estos reconocimientos, escribía á los Reyes en 30 de enero de 1494: "Pero porque allá va Gorbalan, que fué uno de los descubridores, él dirá lo que vió, aunque acá queda otro que llaman Hojeda, criado del duque de Medinaceli, muy discreto mozo y de muy gran recabdo, que sin duda, y aun sin comparación, descubrió mucho más, según el memorial de los ríos que él trajo, diciendo que en cada uno de ellos hay cosa de no creella."⁴ Así es que el Almirante resolvió entonces reconocer por sí lo interior de la isla, y lo ejecutó hasta Cibao, donde hizo fabricar la fortaleza que llamó de *Santo Tomás*. Nombró por capitán y alcaide de ella á un caballero aragonés llamado Pedro Margarite, y dejó con él 52 hombres, que después aumentó hasta 300, previniendo lo conveniente al buen gobierno y á las remesas de bastimentos y auxilios que les proporcionaría. Con esto salió el 21 de marzo para la Isabela, á donde llegó el 29; pero á poco tiempo le avisó Margarite que los indios desamparaban sus pueblos y que Caonabó, el señor mas poderoso de la isla que residía en la cercana provincia de Maguana, se apercebía para atacar la fortaleza y matar á los cristianos. Socorrióle el Almirante sin perder momento con toda la gente sana que tenía enviando por su capitán á Alonso de Hojeda, que salió de la Isabela el 9 de abril con mas de 400 hombres⁵ día que el Almirante firmó la instrucción para Margarite, que hemos publicado.⁶ Apenas llegó Hojeda prendió á un cacique y á un hermano y sobrino, y los envió á disposición del Almirante, escarmentando al mismo tiempo á los indios que habían engañado y robado á ciertos españoles. Las gentes de Caonabó tenían cercada la fortaleza 30 días hacía, cuando la derrota que sufrieron en la Vega Real la multitud de indios reunidos, que fueron atacados por 200 infantes y 20 caballos mandados por el Almirante y su hermano D. Bartolomé, esparció el terror y la confusión, ya por el ruido y estragos de la artillería, ya por los que causaban los caballos con ayuda de los perros. Este próspero suceso obligó á levantar el sitio de Santo Tomás, y aprovechando el Almirante esta disposición y coyuntura, siguiendo en sus intentos de prender mañosamente á Caonabó, que era quien le daba mayor cuidado,⁷ encargó á Hojeda el desempeño de tan ardua comisión. Fué éste desde luego á verse con el cacique llevando

unos grillos y esposas de latón perfectamente labrados y bruñidos, porque de ese metal hacían los indios gran aprecio, prefiriéndolo entre cuantos se llevaban de Castilla y estaban admirados de la campana colocada en la Isabela, que les parecía que hablaba cuando á su sonido se reunían los cristianos para sus actos religiosos. Dirigiase Hojeda con nueve compañeros á la Maguana, que distaba de la Isabela más de 60 leguas, y apeándose de su caballo, hace que avisen de su llegada al feroz cacique, que le recibió ya mas tratable y manso; y al presentale aquellas preseas ó joyas le dijo que los Reyes de Castilla se adornaban con ellas para sus bailes y fiestas; y que le suplicaba fuese al río, que distaba algo mas de media legua, y que después de holgarse y lavarse en él, volvería montado en el caballo á presentarse á sus vasallos con aquellos adornos, como lo hacían en Castilla tan poderosos Monarcas. Condescendió Caonabó y fué con corta comitiva, sin recelo de que tan pocos hombres intentasen hacerle daño; y después de haberse lavado en el río, quiso ver su presente y regalo, y experimentar su virtud. Hojeda se desvió de los indios que le acompañaron, y subiendo en su caballo coloca á Caonabó en las ancas, pónole los grillos y las esposas, da algunas vueltas por disimulo, toma el camino de Isabela como de paseo, hasta que perdiendole de vista los indios atan los nuestros á Caonabó con Hojeda, y tomando caminos y veredas desusadas, entra con él en la Isabela y lo entrega á disposición del Almirante.⁸ Bastó esta acción á reducir y pacificar toda la isla; y fué tal el concepto que formó el mismo Caonabó del esfuerzo, osadía y valor de Hojeda, que le manifestaba en público sumo respeto y consideración, cuando tal vez la reusaba á la superior autoridad del Almirante.⁹ Preguntóle éste en una ocasión la causa de semejante procedimiento, y el altivo cacique le contestó: que jamás se humillaría á quien ni aun para llevar á efecto su misma traición había osado presentarse personalmente en su casa, encargando su prisión á otro oficial más valiente y arrestado, que por lo mismo le merecía mas aprecio. Sin duda en consideración á estos servicios los Reyes hicieron merced á Alonso de Hojeda, por uno de los artículos de su capitulación para el segundo viaje, de seis leguas de tierra en la isla Española y término de la Maguana, con intento también de que con este provecho pudiese continuar sus descubrimientos, y sostenerse mejor en la colonia de españoles que debían fundar y gobernar en Coquivacoa para contener las ideas de los ingleses, que tal vez intentaban ya establecerse en aquellas costas.

² Segundo viaje de Colón, tom. I, págs. 223 y 226.

³ Casas, lib. I, cap. 89, 91, 92 y 93.

⁴ *Colec. diplom.* tom. II, pág. 110.

⁵ En la instrucción á Margarite proponía el Almirante otro ardid diferente de que usó Hojeda para prender á Caonabó. Véase la pág. 112 del tomo II de esta *Colección*.

⁶ Casas, lib. I, cap. 89.

⁷ Pizarro, cap. 2.—Charlevoix, *His. de la isla de Santo Domingo* lib. 2, pág. 131.

² Casas, *His. gen. de Ind.* lib. I, cap. 82.

⁴ Segundo viaje de Colón, tom. I, pág. 203.

Parece que Hojeda solo permaneció en la Española hasta fines de 1498, ó principios del siguiente, pues estaba ya en Castilla cuando llegaron las primeras noticias del descubrimiento de Paria que acababa de hacer el Almirante Colón. Con el favor del obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca pudo ver el diseño ó carta de su descubrimiento que el Almirante formó y remitió á los Reyes; y fué el primero que se aprestó para continuarlo, como hemos referido en la *noticia histórica* anterior. Aprestó cuatro naves y con ellas salió del puerto de Santa María, tocó en las Canarias, recaló en el nuevo continente; en las cercanías del ecuador, siguió á vista de la costa casi 200 leguas hasta Paria; vió desembocar el rio Esequivo y el Orinoco; halló señales de haber estado Colón en la Trinidad; pasó por las bocas del Drago; reconoció el golfo de las perlas, la isla Margarita, el cabo Cordera, y de puerto en puerto siguió descubriendo las islas de Curazao y toda la costa de Venezuela hasta el cabo de la Vela, desde donde se dirigió al puerto de Yáquimo en la Española. ¹¹

Su llegada infundió sospechas de que fuese á tomar indios para esclavos, y el precioso palo de tinte que abunda en la comarca; pero Hojeda se disculpó con la falta de víveres que necesitaba reponer después de una larga navegación, y mostrando los despachos Reales que le autorizaban, ofreció que proveido lo necesario iría á visitar y dar cuenta de todo al gobernador. Por febrero de 1500 dió la vela para el golfo de Jaragua y á los españoles avencidados allí intentó sublevarlos contra el Almirante, ya exagerando su rigor, ya pintándole como caído del favor que los reyes le habían dispensado. Sedujo á muchos, y á los que resistieron quiso obligarlos con la fuerza, tratándose entre ellos una refriega. Maquinó tambien prender á Roldán; pero éste, astuto y prevenido, fué á Jaragua, y le hubiera escarmentado si avisado Hojeda no se hubiese retirado á sus navíos. No osó bajar á tierra ni aun convidado de paz. Costeó la armada 10 ó 12 leguas hasta la provincia de Cahay. Viendo allí Roldán que Hojeda no se prestaba á venir á concierto, le propuso que le mandase una lancha y entraría á contratar dentro de ella. Enviola armada Hojeda, y sin embargo se apoderó de ella Roldán, rindiéndola con muerte de algunos de los que la guarnecian, y la condujo á tierra. No quedó á Hojeda más que otra barca, y humillado así se avino con mansedumbre, restituyó los hombres que había tomado, recobró su batel, y prometió seguir su camino, como lo hizo, ¹² aportando á Cádiz á mediados de junio de 1500.

Esta primera expedición no fué tan lucrativa como pensaron los que la emprendieron; y así por esta consideración, como por los servicios que había hecho y los muchos gastos que se le originaron para el apresto del viaje anterior, hizo nuevo asiento con el obispo Fonseca para segundo viaje en cumplimiento de una Real cédula de 28 de julio del mismo año; cuyas capitulaciones confirmaron los reyes por otra cédula de 8 de marzo del siguiente de 1501, habiéndole dado licencia en 10 de marzo anterior para cortar y traer á estos reinos y vender 30 quintales de brasil de la isla Española, ó de otra cualquier isla donde fuese, los 20 por merced y los 10 por un caballo que le tomó el Almirante Colón para encastar allí. Consiguiente á lo estipulado se le expidió en 10 de junio de 1501 el real nombramiento de Gobernador de la isla de Coquivacoa, expresando el salario y las amplias facultades y prerogativas que se le daban. Al mismo tiempo concluyó Hojeda su asiento con Juan de Vergara y García de Ocampo para ir juntos á descubrir por el mar Océano en virtud de real licencia que se le había concedido. En 6 de setiembre nombraron los Reyes á Juan de Guevara para escribano de la expedición, con encargo de que presenciase los rescates é hiciese cumplir la capitulación hecha con Hojeda. Aunque éste pensó armar diez navíos, no pudo sin embargo aprestar sino cuatro con los auxilios que le proporcionaron sus compañeros, y aun para esto hubo un retardo considerable, porque la expedición no salió de Cadiz hasta ya entrado enero 1502. Por las Canarias é islas de Cabo Verde se encaminó Hojeda al golfo de Paria. Reconoció la isla de la Margarita y toda la costa fronteriza hacia Coro, Maracaibo, isla de Curazao, Bahía-honda, hasta cerca del cabo de la Vela, de donde se dirigió á la Española, yendo preso por Vergara y Ocampo, como hemos referido en la relación circunstanciada de este viaje. De los cargos que estos le hicieron, y de la sentencia que dió el licenciado Maldonado, alcalde mayor de la Española, condenando á Hojeda á perdimento de todos sus bienes, y en particular de lo recatado por su sobrino en la Margarita y por él en Curiana, apeló ante los Reyes; y el Consejo no solo revocó esta sentencia y le absolvió cumplidamente, mandando á 8 de noviembre de 1503 restituirle cuanto se le habia embargado, sino que, por no haber suplicado las partes, se le expidió en Medina del Campo á 5 de febrero de 1504 la carta ejecutoria que hemos publicado. ¹³ Sin embargo, parece que el Gobernador de la Española retuvo á Hojeda y á Pedro de la

Cueva, vecinos de Cuenca, por razón de deudas contraídas para el apresto del viage último, el oro, rescates y otras cosas que trajeron; pero en 5 de octubre de 1504, mandó el Rey al asistente de Sevilla, y á las demás autoridades de sus dominios de Castilla, que de ninguna manera se le impidiese salir al nuevo viaje que preparaban con otros armadores por razón de dichas deudas, poniéndose todo lo detenido en poder de los oficiales de la casa de contratación de Sevilla para que ellos pagasen las deudas, previa una formal averiguación de la cuantía y legitimidad de ellas en presencia de los mismos interesados Hojeda y Cueva.

De este tercer viage, que parece no se emprendió hasta entrado ya el año siguiente de 1505, son muy escasas las noticias ciertas que nos han quedado, confundidas tal vez por los historiadores con otras de los viages precedentes. Consta, sin embargo, que en 15 de noviembre de 1504 se expidió á favor de Hojeda y contra el tesorero Matienzo, un libramiento de 200,000 mrs., expresando el Rey que lo mandaba dar en consideración á sus servicios, y para pagar el sueldo de cincuenta hombres que había de llevar por cinco meses, á razón de 26 mrs. y cuatro cornados cada año, habilitando para ello dos, tres ó mas navíos si quisiese, según la capitulación hecha; con los cuales iba á descubrir y á lo descubierto en las tierras de Coquivacoa, islas de las Perlas y golfo de Urabá; y para asegurar el cumplimiento de todo, dió Hojeda fianzas en Sevilla á 29 de noviembre del mismo año 1504. ¹⁴

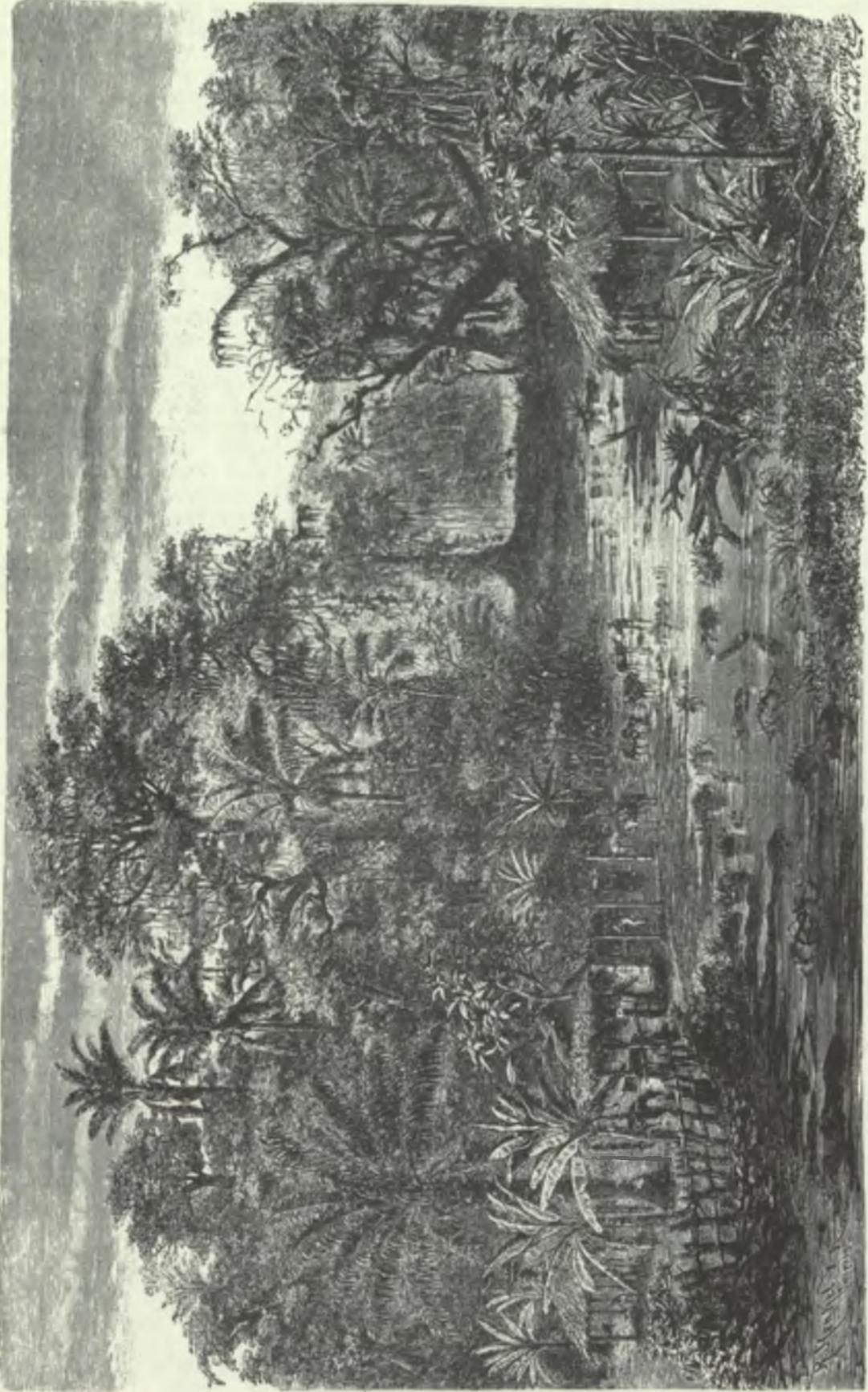
Ignoramos el resultado de esta expedición; pero cualquiera que fuese, hallamos que Hojeda estableció después su residencia en la Española, donde estaba cuando Juan de la Cosa fué nombrado su lugarteniente y alguacil mayor de Urabá, y le llevó los despachos de su gobernación que le había negociado con el obispo Fonseca. En efecto, en 9 de junio de 1508 había expedido la reina Doña Juana el nombramiento por cuatro años á Hojeda de capitán y gobernador de Urabá, con tal que llevase por su lugarteniente á Juan de la Cosa, concediéndole poder cumplido y jurisdicción civil y criminal, en conformidad del asiento que mandó tomar con él el Rey su padre. A la Cosa se le confirmó en 17 de junio de 1508 la merced ó gracia de alguacil mayor del gobernador de Urabá que la reina Doña Isabel le confirmó en 3 de abril de 1503, en remuneración de sus distinguidos servicios. Los límites de la gobernación de Hojeda eran desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá, que llamaron *nueva Andalucía*; y los de la gobernación de Diego Nicuesa, que se le concedió al mismo tiempo,

¹¹ Muñoz, *Hist. del Nuevo Mundo*, lib. 6, §§ 52 y 53.

¹² Apend. á la *Colec. Diplom.*, II. tom. I, pag. 420.

¹⁴ Archivo general de Indias en Sevilla, entre los papeles de contratación donde formó Muñoz su extracto.

¹¹ Véase la relación más extensa de este viage, en EL ZULIA ILUSTRADO núm.



VENEZUELA. — UN CAMINO A TRAVÉS DE LAS SILVAS DEL ZULIA.
DISEÑADO DEL NATURAL POR A. GOERING.

desde la otra mitad del golfo hasta el cabo de *Gracias á Dios*, que se denominó *Castilla del Oro*. No pudiendo Hojeda por su pobreza aprestar la expedición, la Cosa y otros amigos le fletaron una nao, y uno ó dos bergantines, que con doscientos hombres y los correspondientes bastimentos entraron en el puerto de Santo Domingo. El bachiller Martín Fernández de Enciso ayudó á la empresa con un navío que cargó de varias provisiones, aunque se quedó en la Española para seguir y unirse luego con Hojeda, llevándole más gente. Este le nombró alcalde mayor de su gobernación. Ocurrieron algunos disturbios entre Hojeda y Nicuesa sobre los límites de sus respectivos territorios: pero al fin se concertaron en que el río grande del Darien los dividiese, uno al este y otro al oeste. Salió Hojeda el 10 ó 12 de noviembre de 1509 con dos navíos y dos bergantines y en ellos 300 hombres y 12 yeguas. Nicuesa tuvo mas gruesa armada y mayor número de gente atraída por su buen trato y graciosa conversación y por la fama de la riqueza de Veragua donde iba á establecerse. Así por esto como por los obstáculos que le presentaron sus émulos, tardó mas en su despacho, y salió al fin de Santo Domingo 8 dias despues de Hojeda, y tras ellos Juan de Esquivel á poblar la Jamaica con 60 hombres.

Llegó Hojeda en cinco dias al puerto de Cartagena, y viendo sublevada la gente del país con ánimo de resistir á los españoles, determinó hacerles la guerra y para ello desembarcar la gente y dar de improviso en un pueblo llamado *Calamar*, cautivando los indios para venderlos por esclavos en Santo Domingo. Aconsejábale Juan de la Cosa que respecto de que aquellos naturales eran valientes y usaban de una yerba ponzoñosa y mortífera, fuesen á poblar dentro del golfo de Urabá donde la gente no era tan feroz, y estando ya reducida sería más fácil volver á conquistar ésta. Hojeda desatendiendo estos consejos asaltó el pueblo antes de amanecer: acuchilló, mató y cautivó muchos indios: ocho de éstos, metidos en una casa, se defendieron valerosamente, y con sus flechas ponzoñosas mataron á un español, por lo que irritado Hojeda mandó quemar la casa, donde perecieron los que la defendían. Cautivó unos sesenta y siguió el alcance á otros hasta un pueblo llamado *Turbaco* distante cuatro leguas, que halló desamparado. Confiados los nuestros en sus ventajas se esparcieron individualmente por la tierra, y así fueron atacados y muertos muchos por los indios. La Cosa recogió algunos castellanos, y se hizo fuerte á la puerta de un palenque donde Hojeda con otros también se defendía; pero viendo éste á muchos caídos y á su compañero en gran aprieto, confiado en su ligereza, salió y atravesó por medio de los in-

dios que parecía que volaba, metióse en los montes, y se encaminó hacia el mar á donde estaban sus navíos. La Cosa peleó hasta que vió muertos al rededor sus compañeros, y él mismo cayó exánime por efecto de las zaetadas ponzoñosas que le dieron. Al único que todavía se defendía esforzadamente le encargó dijera á Hojeda que él quedaba al cabo de su vida. El obispo Casas cree que sólo estos dos se salvaron de más de cien hombres que eran: otros aseguran que sólo fueron setenta los que allí perecieron.

De los navíos enviaron las barcas por la costa á ver si alguno parecía, y entonces encontraron á Hojeda en unos manglares desfallecido de hambre, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas y en ella sobre trescientas señales de flechazos: luego que le recogieron y alimentaron recobró su espíritu, no quedándole otro temor sino que Nicuesa al verle en tal estado de desgracia, quisiese vengarse de las anteriores pendencias y desafíos que habían tenido en Santo Domingo.

Pero sucedió todo lo contrario. Al llegar Nicuesa á Cartagena salieron á recibirle los bateles de la Armada de Hojeda, é informado de los infaustos sucesos ocurridos, mandó buscarle; y al verle le abrazó y recibió con mucho amor y generosidad: ofreció ayudarle á buscar á la Cosa y á vengar la pérdida de los demás. Montaron ambos á caballo, y con 400 hombres en dos divisiones sorprendieron de noche al pueblo de *Turbarco*, y los indios que creían haber acabado con todos los españoles, huían despavoridos y por todos lados hallaban á los españoles que los despedazaban y aun quemaban sus casas si se acogían á ellas; quedaban espantados sobre todo de los caballos que veían por primera vez. Dijose que del botín y saqueo que siguió, cupieron á Nicuesa y los suyos 7.000 castellanos. Hallaron el cuerpo de Juan de la Cosa, reatado á un árbol, hecho un erizo de zaetas, hinchado y horrosamente disforme por efecto de la yerba ponzoñosa. Volvieron al puerto en buena unión y amistad Hojeda y Nicuesa, y allí se separaron partiendo Hojeda con sus navíos del puerto de Cartagena para el golfo de Urabá, término de su jornada.¹⁴

Detenido por los vientos contrarios se reparó en una isleta que llamó *Isla Fuerte*, 35 leguas la costa abajo. Allí cautivó gente, tomó algún oro y cuanto pudo aprovecharle. Entró al fin en el golfo, buscó en vano el río del Darién, advirtió que la gente era belicosa: desembarcó la suya, y sobre unos cerros asentó un pueblo con casas de paja, que llamó villa de *S. Sebastián*, defendido con una fortaleza que hizo construir de madera muy gruesa. Esta fué la segunda población de españoles que

se hizo en tierra firme: contabase por la primera la que el Almirante D. Cristobal Colón comenzó á establecer en Veragua. Reconociendo el país vieron salir de un río un gran cocodrilo que asió con la boca la pierna de una yegua y la arrastró hasta meterla en el agua, donde se ahogó. Viéndose Hojeda con poca gente á principio del año de 1510, envió un navío á la Española con oro y cautivos para que en retorno, y con este cebo, viniessen nuevos pobladores y mayor surtido de armas y bastimentos. Entre tanto, dejando guarnecida la fortaleza, fué á visitar y reconocer á un rey ó señor llamado *Tirufi*, que según noticias tenia copia de gente y de riquezas. Recibiéndole con una lluvia de flechas de que murieron algunos: refugiáronse á la fortaleza; pero comenzando á faltarles la comida, hacían entradas y asaltos en el país para adquirirla. Los indios los atacaban en los caminos y siempre los dejaban escarmetados. Pocos de los heridos escapaban. Encerrados en la fortaleza perecían de hambre, y las yerbas ó raíces que comían, á veces les causaban la muerte.

En tan apurada situación apareció un navío que conducía un tal Bernardino de Talavera, vecino de Yáquimo, y Hojeda á cambio de oro y esclavos le compró las provisiones que tenía. El bachiller Enciso no parecía con la nave que quedó en Santo Domingo. Aunque se remedió algo la necesidad, no calmó el descontento de la gente que queria volverse á la Española en este navío. Hojeda procuraba contenerlos con buenas esperanzas; pero entretanto los indios continuaban con obstinación sus rebatos y ataques á la fortaleza, y como conocían la ligereza de su caudillo, le armaron una celada, colocando detrás de unas matas cuatro flecheros. Presentáronse otros dando grandes gritos con ademanes de insultos y amenazas: sale contra ellos Hojeda el primero, y le atraviesan el muslo de parte á parte: primera sangre que derramó en su vida enmedio de tantas guerras, pendencias y desafíos como tuvo. Volvió Hojeda muy atribulado á la fortaleza, y mandó ponerse en la herida unas planchas de hierro ruisiente. El cirujano lo reusó diciendo que lo mataría aquel fuego: amenazóle Hojeda con que lo haría ahorcar, y con este temor le aplicó dos planchas encendidas una á cada lado del muslo con unas tenazas; de manera que no sólo le abrazó el muslo sino todo el cuerpo, y fué menester gastar una pipa de vinagre para mojar sábanas y envolverle continuamente con ellas. Tan cruel operación sufrió con singular y rara serenidad sin permitir que le atasen ni le tuviesen otros; pero se logró atajar el efecto mortífero de las flechas emponzoñadas.¹⁵

¹⁴ Casas, lib. 2, cap. 58.

¹⁵ Casas, lib. 2, cap. 59.

Ibanse concluyendo las proviciones recientemente adquiridas, y el hambre, la miseria y la murmuración crecían al mismo paso. Viendo que no parecía el bachiller Enciso, resolvió Hojeda ir á Santo Domingo en la nave de Talavera, dejando por su teniente á Francisco Pizarro, ofreciendo á la gente volver con socorros dentro de 50 días, y que no cumpliéndolo se fuesen en los bergantines á buscarle al mismo puerto. Embarcose Hojeda con Talavera, y no pudiendo arribar á la Española entraron en el puerto de Jagua, provincia de la Isla de Cuba. Allí abandonaron el navío y caminaron por tierra hacia el oriente para acercarse á Santo Domingo. Por reyertas entre sí llevaban preso á Hojeda, pero le soltaban cuando tenían encuentro con los indios, porque en tales casos valía él tanto como todos los otros. Por muchos días y por espacio de más de 30 leguas anduvieron por unos pantanos y lagunas metidos hasta más arriba de la cintura. Confiaba Hojeda en su devoción á la Virgen Santísima, de la cual llevaba siempre consigo una preciosa imagen, pintada en Flandes, que le había regalado el obispo Fonseca; y entonces hizo voto de dejarla para formar un oratorio ó capilla en el primer pueblo de indios que encontrasen, como lo cumplió cuando llegaron á uno, donde fueron acogidos y regalados franca y generosamente, informando como pudo al cacique y á los indios de las cosas de Dios y de María Santísima, á quien representaba aquella imagen. El obispo Casas dice que la vió algunos días después en su altar, y la capilla adornada, de paños de algodón, muy barrida, regada, y con gran devoción y reverencia concurrida de los naturales.¹¹ Estos proporcionaron á Hojeda y sus compañeros guías y asistencia para continuar su camino, y aun una canoa, para que un tal Pedro de Ordaz pasase á Jamaica á dar noticia de sus aventuras y paradero á Juan Esquivel que mandaba allí como teniente del Almirante D. Diego Colón. Inmediatamente envió Esquivel una carabela mandada por Pánfilo Narvaes, para que trajese á Hojeda y á todos los demás, como lo hizo. Recibióle honradamente y le aposentó en su casa, y después de descansar algunos días mandó se le trasladase á Santo Domingo. Los demás se quedaron en Jamaica por temor de la justicia á causa de los delitos que antes habían cometido y de las tropelías que hicieron con Hojeda; pero al fin fueron llevados á Santo Domingo, y sufrieron allí la pena á que justamente fueron condenados.¹²

Los émulos de Hojeda que le vieron volver con Bernardino de Talavera, abandonando su gente en Ura-

bá, le creyeron sin duda complicado en los crímenes que éste había cometido¹³ y lo avisaron á la Corte, de donde se originó la Real Provisión de 5 de octubre de 1511, en que se atribuyen á Hojeda las más atroces crueldades, los excesos más horrorosos, y las injurias é intenciones más perversas; pero Hojeda no era ciertamente cómplice en los delitos que se le imputaban ni en los cometidos por Talavera y los suyos; los cuales al contrario le ultrajaron y le llevaron preso en su viaje por lo interior de Cuba. Los caciques é indios de esta isla el recibieron con amor y fraternidad: el gobernador de la Jamaica Juan Esquivel le obsequió y presentó en su propia casa: no temió ir á presentarse desde luego á Santo Domingo, como lo hizo, cuando Talavera y sus consocios lo reusaron y disfrieron por los remordimientos de su conciencia y temor del castigo que les esperaba: nada resultó contra Hojeda en las actuaciones criminales, pues permaneció libre en la Española mientras que por sentencia judicial fueron ahorcados Bernardino de Talavera y otros, y algunos afrentados por cómplices de sus delitos, siendo los principales de éstos el hurto del navío en que fueron á Urabá, y era propio de unos genoveses, y las injurias que de ellos había recibido Hojeda, aunque según añade Casas: *por lo que á Hojeda hicieron, no creo que ovo castigo, porque no era hombre Hojeda que los acusaría*. Finalmente el mismo historiador, que según la extravagancia de sus principios y la acritud de su génio acriminaba los hechos de todos los descubridores, y no perdona á Hojeda las justicias que hizo con el primero de los caciques de la Española, la prisión de Coonabó, la esclavitud á que redujo algunos indios que trajo á vender á Castilla, y sus asaltos y guerras con los naturales de Cartagena y Urabá, siendo causa de que Nicuesa hiciese otros insultos semejantes; seguramente no hubiera omitido, siendo ciertos, los abominables delitos que se le atribuían según la citada Real Provisión, pues que era testigo ocular de cuanto entonces acontecía en la isla Española.¹⁴

“Estuvo Hojeda en esta ciudad (dice Casas que escribía en Santo Domingo) después de esto muchos días, y creo que fué mas de un año,

¹¹ Casas refiere en el cap. 59, del libro II que Bernardino de Talavera era vecino de Yáquimo, que estaba lleno de deudas, y que por huir de ser encarcelado acordó salir de la Española, y para ello con noticia de Hojeda había ya poblado en tierra rica, se concertó con otros tramposos y criminales para hurtar un navío de genoveses que estaba en un puerto, cerca de la punta de Tiburón, dos leguas de Yáquimo. Hizolo así con 70 hombres que le ayudaron y se dirigieron á Urabá, porque sabedores acaso del retardo de Enciso en llevar socorro á Hojeda, creyeron sacar mayor ventaja de la necesidad de bastimentos en que le suponían y que realmente padecía cuando llegaron.

¹² Casas, lib. II, cap. 61.

y yo le vide.” Algunos de los que estaban mal con él, le aguardaron para matarle una noche al retirarse de una tertulia ó conversación con buenos amigos: pero hubo de pesarse, porque los corrió por una calle adelante á cuchilladas, como siempre solía hacer en semejantes refriegas. En martes 8 de febrero de 1513 dió allí su declaración en el pleito que seguían los hijos del primer almirante. Fr. Bartolomé de las Casas, testigo ocular, añade: “Al cabo, cuando plugo á Dios... que fuesen cumplidos sus días, murió en esta ciudad de su enfermedad, paupérrimo, sin de jar un cuarto, según creo... Mandó que le enterrasen á la entrada, pasado el umbral, luego allí de la puerta de la iglesia y monasterio de San Francisco: y así no acertaron los que dijeron que el almirante queriendo prenderlo, se había retirado á San Francisco y allí había muerto de la herida que en Urabá recibido había; porque como dije, yo le vide suelto y libre y sano pasear por esta ciudad, despues yo salido de aquí oí ser fallecido.”¹⁵ Sabiéndose pues que Casas (según su historiador Remesal¹⁶) vino por entonces dos veces á España, y que en la primera llegó á Sevilla á fin del año de 1515, que volvió á la Española en Noviembre de 1516, y regresó de nuevo á España en marzo de 1517, parece lo mas natural que el fallecimiento de Hojeda acaeciese á fines de 1515 ó en el siguiente de 1516: de donde se infiere la equivocación de Herrera y de Pizarro, que fijan su muerte en el año de 1510,¹⁷ y la de Gómara, el cual escribió que según decían, Hojeda se metió á fraile de San Francisco, y en aquel hábito acabó su vida.

BIBLIOGRAFIA

MUESTRA DE UN REPERTORIO BIBLIOGRAFICO DE LA GEOGRAFIA E HISTORIA NATURAL DE VENEZUELA

FOR
Lo FBSSS

(Conclusión.)

92. *Köhler, J.* Ueber das Recht der Guajiro Indianer.—Zeitschr. für vergleichende Rechtswissenschaft, tomo VII (Erlangen 1888).

93. *A. Ernst.* De l'emploi de la Coca dans les pays septentrionaux de l'Amérique du Sud.—Memoria presentada al Congreso Internacional de Americanistas que se reunió en Berlín á principios de octubre de 1888, en cuyas actas está publicada (pág. 230 á 243.) Trata del uso del *hayo* (*Erythroxylum Coca*, var *novogranatensis*) entre los guajiros y otros pueblos vecinos, y contiene las etimologías de diferentes palabras que se refieren á esta costumbre.

94. *M. C. M. Pleyte.* Die Bekleidung

¹³ Casas, lib. II, cap. 61.

¹⁴ Remesal, Hist. de Chiapa y Guatemala, lib. II, caps. 13 y 16.

¹⁵ Herrera, Dec. lib. 8, cap. 5.—Gómara, Hist. gen. de las Ind. cap. 57.—Pizarro Var. *Ilust. del Nuevo Mundo*, Vida de Hojeda, cap. 8.

¹¹ Casas, lib. II, cap. 60.

¹² Casas, lib. II, cap. 60 y 61.

eines reichen Guajiro Indianers (con 3 láminas.) Congrès internat. des américanistes à Berlin 1888, pág. 244 á 249.

95. *Decreto* del Obispo de Santa Marta sobre fundación de escuelas para los Guajiros en *Riohacha, Guamáchal* y *Atanques* (fecha 14 de Julio de 1889). Anales de la Instrucción pública en la República de Colombia, tomo XV, pág. 7 á 9. Se nombró preceptor al Rev. P. Fray José Maria de Valdeleja, con el sueldo mensual de \$ 40.

96. *A. Ernst*. El Hayo de los Guajiros. *EL ZULIA ILUSTRADO*, núm. 8 (Maracaibo, julio 1889) pág. 63 y 64. Es un extracto de la Memoria citada bajo el número 93, en forma popular.

97. *A. Ernst*. Venezuela nishes Thongschirr aus alter und neuer Zeit.—Internationales Archiv für Ethnographie, tomo II, Leiden 1890. Contiene descripciones y figuras de la loza moderna de los guajiros, según las muestras conservadas en la sección etnográfica del Museo Nacional de Caracas.

Citaré además las obras siguientes que no he podido consultar, pero que deben de contener datos más ó menos importantes sobre la Guajira y los indígenas que la habitan:

98. *Rodriguez Fresle*. Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada. Bogotá 1859.

99. *Mosquera*. Compendio de Geografía general política y física y especial de los Estados Unidos de Colombia. Londres 1866.

100. *Groot*. Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada. Bogotá 1866.

101. *Acosta*. Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo XV. Paris 18 . . .

102. *Cuervo*. Resumen de la Geografía de la Nueva Granada. Bogotá.

103. *Uricoechea*. Contribuciones de Colombia á las ciencias y á las artes. Bogotá 1859 á 1861.

104. *Fernández Madrid*. Nuestras costas incultas. Artículos publicados en "El Día" de Bogotá.

105. *Ancisar*. Peregrinaciones de Alpha. Bogotá 1863.

106. *Alonso de Zamora*. Historia del nuevo Reino. Barcelona 1701.

FLORA DEL ESTADO ZULIA

POR
JOSÉ FÉLIX FUENMAYOR

—X—

Estados Unidos de Venezuela.—Estado Soberano del Zulia.—Delegación Especial del Censo de la República.—Maracaibo: 30 de Marzo de 1891.—27^o de la Ley y 32^o de la Federación.

Ciudadano Presidente de la Junta Directiva del Censo de la República.
Caracas.

No obstante haber remitido ya á esa honorable Junta el cuadro, informe y documentos relativos á la formación del Censo en este Estado, no he juzgado lleno del todo el honroso y trascendental encargo con que ella se dignó investirme, y así, como complemento de aquellos trabajos, me he ocupado últimamente en elaborar el

presente informe sobre la gran variedad de maderas que en el Zulia existen, materia ésta que á mi humilde juicio, constituye una de las principales riquezas, acaso la primera, de este suelo tan privilegiado por la Naturaleza.

En este informe, que respetuosamente presento á esa Junta, para que se sirva incluirlo en el Censo de este Estado, he utilizado una gran parte de los datos comprendidos en la Memoria que sobre la misma materia escribí en años anteriores y que mereció el honor de ser insertada en el Anuario Estadístico del Estado Zulia, publicado por orden del Gobierno en el año de 1886, y los cuales he adicionado y ampliado conforme á mis observaciones posteriores, agregando otras muchas de importancia suma.

Verdadero portento y maravilla de la Naturaleza son, por su variedad, exuberancia y riqueza los bosques que rodean el gran lago de Maracaibo, midiendo como dos mil leguas cuadradas, interceptadas por más de quinientos ríos y torrentes. En ellos se encuentra esa serie sorprendente de maderas en que la mano omnipotente del Creador parece haber derramado sus dones y que cautivan la atención, unos por su gran elevación asemejándose á gigantes de la tierra que hien den con sus copas altaneras el espacio hasta confundirse con las nubes, otros, por sus enormes troncos, por sus primorosas hojas y el agradable olor que despiden, y todas por su lozanía y vigor, no menos que por los variados usos y aplicaciones á que se destinan. Feliz tierra ésta que lleva en sus selvas, vírgenes aún, tales veneros de riqueza, que descubren perennemente la munificencia del Supremo Hacedor del Universo.

Quizá este informe no sea completo y más tarde aparezcan otras maderas nuevas, ó se descubran otras propiedades desconocidas en las que hoy son objeto de nuestro comercio, pues el Zulia á este respecto puede llamarse infinitamente rico. Pero sí puedo asegurar que las noticias y datos que aquí consigno son verdaderos y autorizados por la experiencia que tengo en esta materia, como que he hecho sobre ella estudios de muchos años.

Véanse en seguida las maderas que posee el Zulia. En él se encuentra en gran abundancia:

El *VERA** (*guayacum arboreum*). Levántase á más de 40 metros, sano, robusto y elegante. Este árbol que sólo se aplica entre nosotros, á la construcción naval y civil, es también propio para la ebanistería por ser su madera muy fina, y de vetas capri-

* Publicado este trabajo en un folleto fue reproducido en el *Boletín del Ministerio de Obras Públicas* poniendo al lado del nombre vulgar de cada planta el nombre científico ó la familia á que pertenece el vegetal, trabajo este último del doctor Ad. Ernst.

chosas. Además de su solidez, tiene una elasticidad extraordinaria. Su tronco no excede de 90 centímetros y pesa mucho más que el agua: su duración es eterna puesto que en el agua y en terrenos húmedos, y á la intemperie llega á petrificarse, convirtiéndose en una piedra semejante al pedernal. Tiene la rara propiedad de no rajarse por el tejido especial de sus fibras, y sólo puede ser dividido longitudinalmente con sierras. Cuando está fresco ó recién cortado se trabaja con facilidad; pero á proporción que se seca, es difícil de labrar, y resiste el más cortante instrumento. Esta es la madera que nuestros constructores navales ponen de *quilla* á los buques que construyen de una sola pieza de *Roa* á *Codaste* donde descansan y se unen las *cuadernas*. Todas las condiciones naturales de esta madera son favorables á los fines á que se aplica, y creo, sin temor de equivocarme, que no se encuentra otra en el mundo que la iguale, ni mucho menos que la supere.

El *FLOK AMARILLA* y El *CURAKIRE* (*Tecoma sp.*), que son semejantes, crecen á más de 20 metros de altura derechos y bien formados, y sólo se aplica su madera á la construcción civil para horcones, vigas y marcos de puertas y ventanas. Es poco elástica, pero de una resistencia asombrosa y fácil de rajarse en el sentido de sus fibras; de suerte que un sólo árbol proporciona muchas piezas de la longitud que se desee; pero su diámetro no excede de 0,50; pues su diámetro ordinariamente es de 0,20 á 0,30. Tiene la propiedad, por la sustancia grasosa que contiene, de conservar eternamente sin oxidarse el hierro que en ella se introduzca; cuya sustancia grasosa impide que el hierro se adhiera á ella y lo rechace; de tal manera que aunque el hierro se introduzca á fuerza de martillo, puede con la mayor facilidad extraerse, pues golpeando la pieza arroja fuera el hierro; por esta razón no se aplica esta madera á la construcción naval; pues bastaría la trepidación del buque para que los clavos de hierro salgan de ella. Se ha observado en la demolición de algunos edificios construidos desde la fundación de esta ciudad, que los clavos introducidos en esta madera se han conservado sin ningún detrimento, conservando hasta la marca de la boca del martillo impresa en él desde la fragua. Su madera es muy fina, de color pardo, y se encuentra también matizada de varios colores en forma de cintas; y de consiguiente puede aplicarse á la ebanistería con buen éxito: su duración en la tierra, en el agua y á la intemperie es incalculable. Creo que los químicos debieran ocuparse en analizar la sustancia grasosa que contiene esta madera, pues podría ser muy útil á las artes.

(Continuará.)